
UN POETA CUBANO EN CHICAGO

El acontecimiento más notable que registrará la Historia en el año 1893, será sin duda, el magnífico certamen universal que se celebró en Chicago en honor de la obra realizada por el atrevido y desdichado navegante genovés.

De todos los confines de la Tierra acudieron viajeros deseosos de contemplar una de las maravillas que darán mayor celebridad al por tantos motivos célebre siglo diez y nueve. La Isla de Cuba no podía ser una excepción en la curiosidad universal, por diversos motivos. La cercanía de esa gran Nación hacía que llegasen á sus oídos, de modo distinto y penetrante, los ecos de la Exposición. Contribuía también á avivarla, el nombre de la ciudad extraordinaria en que aquella se celebraba. Chicago, todos lo saben, es única en los anales del mundo por su portentoso crecimiento; pues en el período de 60 años ha logrado convertirse de pigmeo de las aldeas en gigante de las ciudades; á tal punto, que bastará el transcurso de igual número de años para sobrepujar á Londres por el número de sus habitantes.

Si á todo esto se agrega el atractivo que ejerce en los hombres cultos visitar la República colosal, comprendemos fácilmente que creciese el número de viajeros y escritores cubanos que allí concurrieron. Uno de éstos, D. Manuel Serafín Pichardo, poeta distinguido, fué enviado expresamente por el emprendedor y popular periódico *La Lucha*, del cual es Cronista de salones, para que trasmitiese á los lectores sus impresiones sobre la feria universal.

El fruto de sus observaciones ha sido coleccionado y acaba de salir á luz en forma de volumen bajo el título de «La Ciudad Blanca», del cual me propongo hacer un ligero estudio.

Decir que el libro está bien escrito, que la limpidez del estilo resalta así como todo lo que se refiere á la forma literaria, es incurrir en la repetición de una verdad por sabida ya olvidada.

Pero si el volumen es *impecable* literariamente considerado, no podemos decir otro tanto atendiendo á la esencia, ó sea el fondo, del mismo. Una idea parece que preside toda la obra: la idea anti-anexionista. En la primera página manifiesta el autor que «se propuso apuñtar algunos rasgos siquiera fuesen borrosos, del carácter, sentimientos y costumbres del pueblo norte-americano, para contribuir al conocimiento que nos importa tener de la vida y organización de un país con el cual está unido hoy el nuestro por fuertes ligaduras económicas y que puede estarlo mañana por peligrosas trabas políticas.» «Importa que no nos engañemos, que conozcamos íntima y profundamente á nuestros vecinos, para que en ningún caso procedamos con la alucinación que causan los dorados optimismos.» Y tan poseído se encuentra de esa idea que á cada capítulo la manifiesta y para fortalecerla le dedica el último de su libro.

Circula por todas las crónicas un sentimiento de antipatía injustificada por los hombres y las mujeres, por la raza en una palabra, que puebla la República modelo. Y para que el lector se convenza de que no trato de dar torcida interpretación al autor, vea como se expresa: «El lector habrá adivinado que no simpatizo con esta raza, ni con su carácter, ni con muchas de sus costumbres; pero todo lo que encierra el Palacio del Gobierno, y cuanto de él se deduce, lo admiro y deseo ardientemente para Cuba. Si fuera posible la anexión sin que nos enviaran á la gente, yo sería un anexionista frenético. Porque mejor gobernados ni en el cielo» (pág. 180).

Es cierto que al pisar la tierra norte-americana se desborda el entusiasmo del literato por ese país, como lo demuestra en el capítulo «Hasta Filadelfia.» Allí aparece que el poeta «se siente otro ser superior, su espíritu ha creado potencias que no conocía, y se alza con vuelo de alcon, con acometimiento de gigante, capaz de tocar sin esfuerzo la cúpula del Capitolio;» (pág. 22) transformación debida á la contemplación de la grandeza norte-ame-

ricana. Pero por un fenómeno psicológico que no he de desentrañar, el Sr. Pichardo sufre una reacción en su entusiasmo en el siguiente capítulo, la cual lo invade de tal modo, que persiste hasta el término de su viaje.

Como se vé, la disposición de espíritu creada por los sentimientos del narrador, no era la más propia para ser equitativo en sus juicios; y por más que declara que es «un juzgador desapasionado, que mira y canta la verdad de lo que aparece ante sus ojos y su análisis; que lleva un balancín justo que se inclina á este pueblo, en lo que tiene de grandioso, y se retira de él, en lo que señala sus deficiencias; que tan opuesto es al optimismo rosado con que hablan del país de Washington aquellos que piensan en la *anexión*, guiados más por espíritu mercantil que por entraña patriótica, como á la sistemática malquerencia con que lo insultan los prevenidos por *odios de raza ó recelos políticos*» (pág. 68); por más que hace esa declaración, inconscientemente la olvida, viéndose de un modo manifiesto la tendencia á deprimir al norte-americano hasta en aquellas facultades en que su mérito es sobresaliente; y para probar lo anterior voy á referirme á hechos concretos.

Apenas llega á la Exposición el poeta, que nunca ha salido de Cuba, declara «que le falta la estética del conjunto, es decir la forma de presentar de golpe al espectador, un cuadro deslumbrante, como acontecía en París.» Y á renglón seguido, él, que es francés por admiración y por refinamiento, dá á conocer el por qué: «¡Ah! los americanos no tienen los artistas que encierra *Paris*, los cuales muestran aquí mismo sus talentos en las secciones destinadas á Francia» (pág. 35).

Difícilmente hubiera sido posible presentar de golpe al espectador una Exposición cinco veces mayor que la de París de 1889; y que abarcaba el espacio de una ciudad de 25,000 almas. Pero además, en su concepto la Exposición carece también «del don de gracia y espíritu de alma belleza.»

Sería pueril que manifestara aquí la impresión indeleble que me causó ese mismo espectáculo; pero voy á permitirme transcribir ligeramente lo que dijeron dos notables autores franceses, acostumbrados á ver las grandes manifestaciones del arte en el seno de ese París tan celebrado.

Mr. Octave Uzanne decía en Mayo del año pasado: «La nue-

va ciudad erigida en las orillas del Lago Michigán está resplandeciente de belleza y de luz y causa la admiración de las muchedumbres: el mundo entero aplaude el más maravilloso ensueño de hadas que se pueda crear bajo los esfuerzos de la humana civilización.» «Yo puedo asegurar, que el Viejo Mundo no ha visto jamás un espectáculo más grandioso y el Municipio de París debe sin pérdida de tiempo apresurarse si desea, en 1900, sobrepujar la inconcebible manifestación que va á acrecentar por largo período la prosperidad de la soberbia metrópoli comercial del Illinois.» «La gigantesca construcción del Palacio de Manufacturas hace honor al génio del arquitecto G. Post; el de Agricultura es maravilloso; el de Bellas Artes, tiene un gran encanto arquitectónico y Mr. Atwod, su arquitecto, ha logrado darle un sello de rara originalidad contemporánea; el de Administración tiene tal elegancia de carácter en el exterior, que se le puede considerar como *una de las obras maestras de la construcción moderna* inspirada por el Renacimiento francés.»

El insigne novelista Paul Bourget, honra de la literatura francesa de este siglo, confesaba que «se había quedado deslumbrado con su magnificencia. Para él era una manifestación maravillosa. *Arquitectónicamente va más allá de toda concepción anterior: vasta; pero perfecta en sus proporciones.* Las proporciones de esta Exposición son colosales; tomándola en su conjunto, el mundo no ha visto ninguna igual.»

Pero no sólo los franceses elogiaban la Exposición. Los ingleses, siempre rivales de los yankees, reconocían igualmente lo valioso de esa obra. En el «Engineering», periódico reputado de Londres, del 28 de Abril, publicaba su corresponsal «que la Exposición de París del 89, sin embargo de haber despertado la admiración del mundo, era trivial en comparación con la de Chicago. Grandeza, belleza, orden, son palabras pobres para expresar la emoción que siente el alma al contemplar este sobrehumano esfuerzo de los americanos. Esfuerzo cuyo éxito demuestra que la vieja Europa tiene, con asombro suyo, que buscar en América la expresión más noble del arte moderno. Nosotros los europeos somos sus superiores en el detalle artístico; pero, ¡qué insignificante es el detalle ante la magestuosidad del conjunto cuyo igual quien sabe ni Babilonia, Atenas ó Roma ha presentado ante los ojos humanos.» «Hubiera tal Exposición sido celebrada en las

orillas del Sena, en vez de las márgenes del lago Michigán, y todo el mundo hubiera exclamado que tal triunfo sólo hubiera sido alcanzado por Francia. América ha demostrado terminantemente que en hermosura de detalles arquitectónicos tanto como en obras atrevidas de ingeniatura, puede sin temor desafiar al mundo entero.» (1)

Nada más agregaré á tan elocuentes elogios que demuestran si era artística la Exposición en su conjunto; y paso á ocuparme de otros detalles,

Las apreciaciones que se le ocurren al Director de *El Figaro* mientras describe el Palacio de las Damas, sobre el modo de ser de la mujer americana, han sido delicada y brillantemente rectificadas por la pluma docta del Sr. Varona, en el prólogo de «La Ciudad Blanca»; prólogo que vale por un volúmen; tal es la cantidad de observaciones profundas y luminosas que encierra concisamente en pocas páginas.

El propósito de privar de su valor á todo lo americano para concedérselo á manos llenas á lo europeo, lo lleva hasta hacer afirmaciones tan estupendas como las siguientes, refiriéndose al Palacio de las Máquinas: «En algunas máquinas, los Estados Unidos modifican ó perfeccionan las ya conocidas de Francia, Alemania é Inglaterra, cuyas secciones son las más notables de este palacio en la gradación citada. Pocos países se aprovechan de las ideas de los demás, como el yankee. Francia y Alemania inventan, y él aplica, mejorando el invento muchas veces.»

Trabajo le daría al autor probar tesis tan temeraria. Solamente desconociendo en absoluto los innumerables inventores é inventos que esa República ha producido, se podría haber estampado esa sentencia en letras de molde. El desarrollo de este tema me llevaría demasiado lejos y haría este artículo interminable; pero bastará una simple consideración para convencerse de lo que he escrito: el número de invenciones registradas en las Oficinas de Patentes de Washington, en 56 años (de 1837 á 1892) fué de 626,751; en su mayor parte inventos americanos. Ningún otro pueblo del orbe en igual espacio de tiempo, puede

(1) No cito las opiniones del célebre escultor francés Bartholdi y del periodista alemán Emil Riedel, del *Staats Zeitung*, por no dar extensión desmesurada á este artículo; pero los que deseen conocerlas las encontrarán *in extenso* en la segunda parte de las «Cartas á Govín» del perspicaz viajero Raimundo Cabrera.

presentar un ejemplo semejante, ni ninguno tiene el espíritu inventivo más desarrollado. Es muy sugestivo el hecho de que esa oficina está tan *sobrecargada de trabajo por el gran número de invenciones eléctricas en su mayoría, que tiene pendiente la labor de algunos meses*. Medítese un momento en lo significativo de haberse concedido 23,000 patentes en el año 1892 y júzguese después del valor de lo estampado en «La Ciudad Blanca.»

La crónica en que se ocupa del Palacio de Bellas Artes es, en mi humilde opinión, de lo mejor y más meditado que encierra la obra. Como siempre, se nota en ella la deficiencia en el estudio de la parte correspondiente á la patria de Washirgton y la ligereza con que la juzga. La creencia vulgar de no existir el arte en los Estados Unidos, de no tener los yankees sentimientos estéticos y de ser incapaces de sentirlos, para, á renglón seguido, trasladar el imperio artístico y sus fieles intérpretes á la Vieja Europa, es idea muy arraigada y difundida en diversas partes de la primera producción bibliográfica del Conde Fabián. No se ha detenido á pensar por un momento, que siendo la Nación americana una especie de crisol en que se han fundido las numerosas razas que pueblan el mundo europeo, es lógico que hayan heredado los sentimientos, é inteligencia de sus progenitores, ¿Por qué, pues, ese prurito en hacerlos aparecer infecundos, en la esfera elevadísima del arte?

Véase su opinión sobre este asunto: «Ya darían á Tejas ó á Minnesota los Estados Unidos por poder decir que tanto arte les pertenece (el de las colecciones particulares de sus ricos ciudadanos), aún cuando no fuesen suyos los cuadros. Ellos han acometido en este Palacio mayor esfuerzo que en otro alguno, para que el mundo no siga negándoles competencia artística; han presentado tres mil obras; pero todo en balde. De los artistas americanos solamente dos alcanzan una altura digna de los genios de la paleta: Carl Marr y John Sargent, y ¡oh desgracia! al lado del nombre del primero, leo: Munich; y junto al segundo: London, lo que nos revela —sensiblemente para la gran república— que en esas capitales produjeron sus obras. Otros muchos artistas, oriundos de la Unión, aparecen con trabajos hechos en Roma, Florencia, París..... artistas que si llegasen á ocupar el rango de los eminentes, no le llevarían mucha gloria á su país natal. Lo

que no sea producto de sus museos, de sus academias, de su medio, en fin, no puede rigurosamente considerarse como manifestación propia de este pueblo, el que, á mi entender, aún há de peregrinar largo tiempo para competir con las viejas metrópolis de la Estética.» (pág. 86) «Las Bellas Artes aparecen aquí en la infancia, en una incipiente primavera.» «El arte genial y etereo no es de esta familia.» (pág. 95) «De ahí que muestre en su arquitectura una fisonomía, por lo múltiple, abigarrada, y que en sus estatuas y cuadros tenga que recurrir á los modelos europeos, los cuales suele copiar con desgracia» (pág. 51).

La pintura como se ve, no puede ser más sombría; esos desgraciados americanos han sido desheredados de las cualidades supremas del espíritu humano. Gracias que puedan copiar en maquinaria, aparatos eléctricos y de locomoción, lo que inventan los sesudos europeos. Pero ocurre preguntar: ¿es exacta esa descripción? Desde luego se puede oponer una rotunda negativa, y para que el pueblo cubano se convenza de ello, voy á permitirme decir algo sobre la pintura y los pintores del Benjamín de las Grandes Naciones.

Pero quiero antes, de pasada, hacerme cargo de la tesis de no pertenecer la gloria de un yankee á su Nación porque haya trabajado en Munich, Londres ó París. Sucede generalmente que los hijos de esa tierra feliz, se trasladan á Europa, donde aún se conservan los mejores museos artísticos, con modelos magistrales y profesores de primer orden, á estudiar las bellas artes. Al proceder de esta manera dan señales de un eclecticismo inteligente, y allí se convierten á su vez, los que tienen genio, en maestros; y los que no, en medianías ó vulgaridades; porque el medio, facilita indudablemente, el desarrollo de las facultades intelectuales; pero no lo es todo. Claudio Bernard, por ejemplo, para hacer sus grandes descubrimientos fisiológicos no necesitó fastuosos laboratorios repletos de instrumentos; con medios bien modestos llegó á la cúspide de la ciencia. A seguir la teoría del cronista; la gloria de Heredia, no le corresponde á Cuba, sino á los Estados Unidos ó á Méjico, porque en esos países firmó sus célebres poesías «El Niágara» y el «Teocali de Cholula»; ni tampoco las de Labra, Albarrán, Parreño, White y tantos otros como se han distinguido en tierras extranjeras.

No quiero insistir en probar lo que no lo necesita, y vol-

viendo á mi tema diré, que las Bellas Artes han progresado en los Estados Unidos de un modo sorprendente, á partir sobre todo, de la Exposición del Centenario, celebrada en Filadelfia el año de 1876. En la actualidad crece tanto el gusto por las artes liberales que se sostienen en la Confederación 360 Colegios de varones y 160 de hembras, dedicados á esa enseñanza, y tenían vida en 1880 no menos de 37 Museos Artísticos. Pero donde han dado un soberano mentís á la despreciativa opinión antes dicha, es en la última Exposición de París, en la cual al ser juzgados sus artistas por jueces los más competentes, ganaron en reñida lid *dos medallas de honor*, es decir, tantas como las que obtuvieron Alemania é Inglaterra y una más que España; y en las de segunda clase recibieron diez, cifra más alta que las respectivas de Inglaterra, Bélgica y Alemania.

Por ese motivo decía un competente y desapasionado crítico francés, que en esa Exposición «fueron los países del Norte los que estaban á la cabeza en Bellas Artes. Fueron Suiza, Holanda, los ESTADOS UNIDOS y los países escandinavos los que llevaron á ese torneo un concurso significativo.» Y otro crítico, también francés y de no menor competencia, Thiebault-Sisson, agregaba: «Hace 20 años la Escuela Americana de Pintura no existía: hoy deslumbra por su vida y juventud. Su Exposición del Campo de Marte (en 1889) comprende *336 cuadros y 117 acuarelas*, enviados por *más de 200 artistas, algunos de los cuales son ya Maestros.*»

A la Exposición de Chicago concurren los yankees, con 1,150 cuadros y 210 acuarelas pertenecientes á más de 500 pintores. Detengámonos en los principales para ver si solo 2 son dignos de mención. La justicia exige que me fije primero en dos artistas premiados, para honra suya y de su patria, con *dos grandes premios*, en la Exposición de París última: me refiero á *Juan Sargent* (que cita Pichardo) y *Gari Melchers*. El primero, sobresaliente en retratos de mujeres, presentó su famoso cuadro «Madre é hija»; y el segundo estuvo representado por otro magistral; «Los Pilotos», base de su notoria reputación. Al lado de éstos se destacó *Whistler*, maestro original y poderoso, colorista delicado y sutil, retratista eminente y acuarelista sin rival, el Edgar Poe de la pintura, como lo llamaba el infortunado Julián del Casal, que cautivó la atención pública con «La Princesa de la Tierra de Porcelana.»

Cinco artistas más, productores de obras maestras y de mérito indiscutible por haber alcanzado medalla de oro en la Exposición parisién antes citada, presentaron trabajos y son los siguientes: *Eduardo Wesks*, de Boston, pintó en su lienzo «El Ganges,» el acto de arrojar desde la barca el cadáver de un paria en ese funesto río, productos del cólera, azote el más terrible de la especie humana. *Eugenio Vail* tenía una encantadora «Marina» y *C. Reinhard* fascinaba con su cuadro «Esperando el ausente.» El distinguido acuarelista filadelfiano *Edwin Abbey* deleitaba la vista con su «Mariana»; y *Carl Marr* de Milwaukee, dió pruebas de su gran talento en dos lienzos soberbios «Una tarde de verano» y «Los flagelantes,» su obra magna, triunfo supremo del arte americano. Es de proporciones colosales y retrata este cuadro con toda su repugnante realidad aquella turba de fanáticos peregrinos de la Edad Media, que se azotaban cruelmente para expiar sus pecados, dando así un ejemplo de la barbarie á que conduce el sentimiento religioso extraviado!

Había allí otro cuadro de género parecido, pero de mayor grandeza trágica, debido á un artista de gran valía: *Julián Story*. Inspirado en la Revolución Francesa, fué á buscar para motivo de su obra el terrible momento en que Mlle de Sombreuil, para salvar la vida de su padre, próximo á morir, es obligada por el abyecto populacho á beber un vaso lleno de sangre humana, recogida de las divididas arterias de un guillotinado!

La nota triste que producían en el espíritu las obras de esos dos pintores, se desvanecía al admirar en *Julio Stewart*, retratista de primer orden, de Filadelfia, sus creaciones «El Baile de Caza» y «El Bautismo», repletas del más risueño optimismo engendrado por los rostros de fascinadoras mujeres, palpitantes de la alegría de vivir. No deslucía á su lado otro genial retratista, *Francisco Millet*, poseedor de una medalla de oro ganada en Antwerp; ni *Carlos Pearce*, condecorado con la gran medalla belga de honor; el cual no exhibió, por cierto, dos de sus mejores trabajos: «La Decapitación de Juan Bautista» y «La Pastora Picarda» origen la última de su reputación, creada en París. Un retrato del pequeño Thiers fué lo único que exhibió *George Healy*, uno de los mejores pintores de retratos de la escuela francesa.

Guillermo Dammat, autor del «Cuarteto», de una intensidad de vida sorprendente, y uno de los jefes de la Escuela Americana,

sólo presentó una «Mujer Española.» *Alejandro Harrison*, entre otros, ostentó su cuadro «En Arcadia,» que lo hizo colocar de repente entre los pintores célebres cuando lo dió á conocer en el mundo parisién en 1886. El colorista americano por excelencia, *Juan Lafargue*, notabilísimo en sus composiciones de flores, se destacaba en su tema bíblico «Visita de Nicodemus á Cristo.»

Hijo de la inspiración de *George Inness*, notable paisagista era «La mañana de invierno.» Ningún otro pintor americano le aventaja en copiar la naturaleza bajo aquel clima, ni atesora tantos recursos técnicos. Digno de encomio es *Winslow Horner*, que mostró la ruda maestría de su paleta en «Perdido en los grandes bancos.» *J. Weir* laureado con mención honorífica en el Salón (París), es acreedor á un recuerdo por su «Libro abierto,» y *Elihu Vedder*, original figura en el arte de Norte América, especialidad en ilustrar obras, (como hizo con el *Rubaiyat* de *Omar Khayyam*, de la cual decía esta acreditada REVISTA (1) «que en todas las láminas de ese album compiten la ejecución admirable, con la ciencia de un consumado anticuario y la inventiva prestigiosa de un artista de primer orden, de un descendiente de Durero, de un émulo de Doré), ofrecía al público un «Sansom,» modelo de hercúlea fortaleza. Un primer premio de la Asociación de Artistas americanos, *Roberto Gifford*, permitía formarse idea de esa roca erizada de cañones que se llama Gibraltar.

Los cinco siguientes, honrados con el disputado premio de la medalla de plata en el cerebro del mundo, como llamó Víctor Hugo á París, no podían pasar desapercibidos. El bostoniano *Walter Gay*, colorista de primera categoría, lo hacía patente en su escena religiosa «Un canto llano»—*Guillermo Chase*, Presidente de la Sociedad de Artistas Americanos y discípulo de *Wistler* aportó un bello ejemplar: «A orillas del lago.» «Un toro normando» caracterizaba la maestría de *Guillermo Howe*, y daba idea del talento de *Walter Mac Ewen* el sugestivo cuadro «El ausente.» *Federico Bridgman* atraía las miradas de los inteligentes con sus «Costumbres argelinas.»

Dos más, de notoria distinción, *Federico Church*, medalla de segunda clase de la Exposición francesa, y *Federico Vinton*, mención honorífica de la misma, contribuían también al brillo del

(1) REVISTA CUBANA tomo I, pág. 190.

arte americano. El primero es uno de los mejores paisistas de la patria de Franklyn: su obra «Saber es poder» daba muestra de su incuestionable mérito. El segundo, en un «Retrato» resumía sus brillantes cualidades pictóricas.

Si todos estos prominentes artistas que presentaron el fruto de su labor al juicio de ambos mundos no bastasen á dar á una Nación un lugar muy distinguido en la región del Arte, podríamos sin esfuerzo mencionar igualmente á *Jasper Cropsey*, excelso paisagista; al eminente retratista *David Johnson*; á *George de Forest Brush* y *Juan Irving*, conocido el primero como el Gerôme, y el segundo como el Meissonnier, americanos; á *Tomás Allen*, *Lucio Hitcock*, *Eliot Gregory*, *Imogene Morrell* muy conocidos en ese poderoso centro intelectual que forma la capital de Francia; á *Enrique Mosler*, laureado en la Real Academia de Munich; á *David Neal* que obtuvo la gran medalla de la Real Academia de Baviera; á *Gilberto Gaul* y *Amanda Sewell*, ambos premiados; y á tantos otros que pudiera fácilmente citar y forman parte de la legión de los artistas yankees.

Me he detenido tanto en la parte artística por dos razones. La primera para hacer desaparecer los lugares comunes que corren en este país, sobre el arte americano; y la segunda porque el Conde Fabián que se extasía en darnos cuenta de los artistas de las Naciones europeas, sólo dedica las dos líneas que nuestros lectores conocen, á los norte-americanos.

Los siguientes párrafos relativos á la escultura son más exactos que los transcritos, referentes á la pintura: «En los Estados Unidos descuellan los escultores Bissell, Bush-Brown, Clarke, Dillin, French y Partridge, algunos con osadías á lo Miguel Angel.»

Resulta por lo tanto, que la arquitectura norte-americana merece calurosas alabanzas á críticos europeos; otro tanto sucede con la pintura, y la confesión del autor sobre la escultura prueba el valer indiscutible de esos artistas. ¿En donde está, pues, la infancia del arte en este país? Es necesario reconocer que el tierno infante se ha convertido en vigoroso y lozano joven.

De un plumazo condena en el capítulo de las Manufacturas á patente inferioridad á todas las industrias americanas, por la razón especiosa de ser el yankee un pueblo joven; como si el Norte América no hubiese ya probado con infinitos ejemplos que su progreso es rapidísimo, y en corto espacio de tiempo, las indus-

trias adquieren un vuelo y desarrollo desconocidos en el Antiguo Continente. Si fuera á ocuparme una por una de las principales de ellas, se vería cuan diferente es la posición en que se encuentran los Estados Unidos: eu unas están á la cabeza y en otras compiten con sus rivales. Recuerde el lector que de Europa van á ese país Comisiones técnicas á estudiar algunas de sus industrias, y que, el célebre estadístico inglés Mulhall declaró en 1888 á la Confederación Americana como la primera Nación manufacturera del Universo.

No comprendo como un observador tan diligente no vió, y si lo vió no dió cuenta de los notables documentos históricos que encerraba el Palacio del Gobierno, tales como la declaración de la Independencia de Bolivia, la de las provincias del Rio de la Plata, y además el gran modelo del ferrocarril pan americano.

En el de Artes Liberales, ocupándose de la educación sostiene que «las Universidades americanas distan aún mucho de los grandes centros científicos de Alemania y Francia;» que «hay pocos sabios en el país, pero sí muchos hombres ilustrados, y sobre todo, competentes en la carrera á que dedican sus estudios.» Refiriéndose á la literatura la califica de «menguada» y de «mezquino el movimiento literario.» Para nación de setenta millones de almas, sólo hay un Longfellow, En el pasto corriente de la novela, exceptuando las traducciones del francés, domina la puerilidad y el mal gusto.»

De las cuatro afirmaciones anteriores, esceptuando la primera, las demás pueden considerarse como otras tantas enormidades. Es cierto, por regla general, la inferioridad de las Universidades americanas; pero también lo es que de pocos años á la fecha se ha iniciado un movimiento regenerador que coloca algunas de ellas á la altura de las mejores, entre otras la gran Universidad John Hopkins, de Baltimore, templo elevado á la ciencia pura; la de Palo Alto en California; la de Clark en Worcester y la que se está erigiendo con igual propósito en la ciudad de Chicago.

Sorprende saber por boca de quien ha declarado en la página 18 «que no tiene ciencia ni tiempo para la meditación» que no hay sabios americanos; cuando todos los hombres de ciencia admiran los muchos que han tenido por cuna la República modelo en todos los ramos del saber humano. Pero ¿qué extraño

que sostenga esa tremenda inexactitud, cuando en lo que es su especialidad, la literatura, muestra que desconoce la americana casi por completo? ¡Un Longfellow para setenta millones de almas! Olvida nada menos que á Walt Whitman el gran poeta democrático de quien dice el severo Piñeyro: que no es sólo el primer poeta de los Estados Unidos sino uno de los primeros del mundo en esta segunda mitad del siglo diez y nueve.» Olvida de la misma manera á Edgar Poe á quien el crítico citado elogia del siguiente modo: «Fuera de Whitman, ningún otro americano, ni Lowell, ni Emerson, ni mucho menos Longfellow, sube hasta su nivel. La intensidad de emoción, á que llegó en una media docena de composiciones imperecederas, mantendrá su nombre mientras exista la lengua en que escribió, en el círculo de los grandes poetas, cerca de Coleridge, y un poco más lejos, pero á mesurable distancia de Shelley.» (1) Olvida al californiano Joaquín Miller, de genio verdaderamente grandioso y americano, según opinión del ilustre Varona; á William Cullen Bryant, Holmes, Whittier, Saxe y otros de no menor importancia, que dan gloria á la poesía norte-americana.

¿Será tan mezquino el movimiento literario y tan menguada la literatura de un pueblo que en un año, el de 1891, hizo salir de sus prensas 4665 obras; número que aumenta por años, y de las cuales es lo más probable que el poeta villaclareño no haya leído ninguna; porque para poder juzgar de esa literatura no es bastante la vida de un solo hombre dedicado á ella exclusivamente, y mucho menos del que ha recorrido el país como *touriste* durante cuatro meses. ¿Para qué hablar de los novelistas americanos, tan maltratados? No acabaríamos nunca si rectificásemos, uno por uno, los incontables errores que el libro encierra.

Por la misma razón silenciamos el alto puesto que ocupan los Estados Unidos en la tipografía, litografía, grabado &c. Las personas competentes reconocen que las Revistas norte-americanas son superiores á las europeas por sus grabados. Hay una escuela de xilógrafos yankees compuesta de Bermstrom, Jhonson, Kruell, Carolina Powell y Wellington, que rivaliza si no aventaja á los grabadores ingleses y franceses.

El poeta lamenta hasta lo más grande del pueblo libre por

(1) REVISTA CUBANA, tomo 8 pág. 566.

excelencia: la libertad de conciencia. «Se le figura que la libertad de cultos, si admirable por la independencia que da al espíritu, desmembra la cohesión de sentimientos y la solidaridad moral que deben existir entre los hijos de un mismo pueblo, y que en nada se realizan tanto como en el amor á un solo altar.» No se aviene á mirar como intérprete de Dios en la tierra, á cualquier yankee de lengua barba (pág. 188).

Dejando al candoroso poeta en su creencia de ser los sacerdotes representantes de Dios en la tierra, idea ha tiempo desarraigada de todos los hombres que cultivan la ciencia moderna, que la han desechado á la categoría de los mitos, y sobre la cual escribió el precioso libro «Historia de las Religiones» el notable literato francés Alberto Reville, en cuya obra se ocupa de la *historia natural* de la *especie sacerdote*, como pudiera hacerlo de la de otro animal racional cualquiera; muestra como se ve un fondo de intolerancia religiosa, debida seguramente á la herencia de los sentimientos fanáticos del pueblo español á que pertenece.

Por cierto que como derivación de esa libertad de cultos, se celebró en Chicago el célebre Parlamento de las Religiones, en donde se reunieron por primera vez, sin destrozarse, hombres de todas las sectas; y como el Sr. Pichardo ni siquiera lo mienta, me permito dar á conocer la opinión de Paul Bourget sobre el asunto, por la trascendencia que encierra. Para él «ese Parlamento es la reunión más notable que ha visto el mundo y no habría podido celebrarse en ningún otro tiempo ni en otro país alguno. Sus efectos en el mundo no puede nadie calcularlos. Ese congreso es verdaderamente maravilloso y debe ser estudiado por los hombres de todas las sectas y creencias religiosas del mundo. Muchas enseñanzas se derivan de ese cónclave; aquí se está haciendo historia, y ésta lo consignará como el punto de partida de una nueva era.»

Casi todos los visitantes de la Exposición los considera el Conde como habitantes del Oeste; (pág. 203). ¡Como ha crecido ese Oeste! porque el censo último le conceda unos 8 millones, y la Exposición fué visitada por 28.000.000 de almas.

El libro termina hablando del triunfo alcanzado en el certamen por los europeos sobre los americanos; del egoísmo yankee y del anexionismo. Discutible es lo primero, sobre todo si se compara Nación con Nación y no un Continente de 350.000.000

de habitantes con una República de 70. Es tan gastado hablar del egoísmo de los hijos del Norte cuando existen innumerables Hospitales, Universidades, Bibliotecas y Asilos, que desmienten esa leyenda que no perderemos tiempo en refutarla.

Llegamos por último al pavoroso problema de la anexión, del que trataré someramente. Pero conviene á mi propósito dejar ser-tado que no milito en las filas anexionistas; pues considerando á mi patria, con extensión, población y cultura bastantes para go-bernarse por sí misma, sin intervención de ningún poder extraño, deseo para ella la personalidad nacional cubana. Pero no por que mis fervientes deseos sean éstos, me ciega la pasión al punto de no comprender, que de no ser posible esta solución, ya por falta de virilidad y abnegado patriotismo en el corazón de sus hijos; ya por la funesta y deletérea división en que vivimos; ya porque tengamos infiltrados, gracias á cuatro siglos de domina-ción, todos los vicios y corrupciones de una nación caduca, que nos hacen incapaces de practicar las virtudes heróicas; es prefe-rible mil veces ese triste desenlace, á seguir sujetos por el víncu-lo de la fuerza á la Nación colonizadora, que ha sido para nos-otros sólo la madrastra injusta é implacable. Económicamente no ha hecho más que explotarnos de modo inícuo en provecho de las hambrientas provincias peninsulares. Intellectualmente ha tratado por todos los medios de embrutecernos, y si no ha conseguido su objeto se debe al hecho accidental de estar Cuba á corta distancia del foco intelectual de la Gran República. Más felices somos bajo este punto de vista que los filipinos, pues pri-vados de ese recurso, permanecen en plena barbarie sus 8.000,000 de habitantes con escepción de los 300,000 que hasta la fecha ha-blan el español. La confección de los presupuestos que se nos imponen es prueba evidente de mi dicho: de los \$26.000,000 que se extraen á este mísero pueblo, no se invierten en instruirlo ni \$700,000; lo que hace envidiar hasta la suerte y sabiduría de la República de negros que se llama Haití, porque de los \$8.000,000 que forman su presupuesto, más de \$1.000,000 se dedica á ins-trucción pública. Moralmente no nos da más que pésimos ejem-plos, con la invasión de empleados rapaces y la tolerancia de la prostitución y el juego en el centro de nuestras sucias ciudades. Políticamente el hijo de Cuba está excluido de los destinos y de las Corporaciones de su patria; y sometido á una farsa electoral

hecha exprofeso para que siempre el español triunfe; dándose el bochornoso caso de que una ciudad como la Habana no tenga en el seno de su Ayuntamiento un habanero, ni siquiera un cubano! ¿Se puede dar un ejemplo más completo de absorción?

¿Sucedería lo mismo anexados á los Estados Unidos? Mucho lo dudamos. Porque la República modelo es una Gran Potencia material, industrial, intelectual, moral, política y económicamente considerada. Ha alcanzado un lugar prominente por su adelantada civilización. Es al mismo tiempo la Nación más liberal y rica del planeta: en su seno se mueven y fraternizan los demás pueblos de la tierra: sus Estados son otras tantas Repúblicas que giran sin tropiezo y desembarazadamente en la órbita del Gobierno Nacional; allí no se oprime á nadie; ningún Estado explota al vecino; la instrucción se derrama á manos llenas y se invierten en provecho del pueblo sumas fabulosas; su moralidad es elevada y su desarrollo material incomparable. Es cierto que perderíamos el idioma ¡que bastante caro nos cuesta hablarlo! pero saldrían ganando los intereses de la civilización; aumentarían nuestra riqueza, nuestro saber, nuestra libertad y nuestra moralidad. Y esto que digo de los Estados Unidos podría aplicarse también á la Gran Bretaña; porque el mayor azote y desdicha que ha tenido la Gran Antilla, es pertenecer á uno de los pueblos más atrasados y peor educados de Europa. ¡Cuan venturoso hubiese sido nuestro destino, si después de la Conquista de la Habana por los ingleses, hubiera seguido flameando en el Morro la bandera británica; ó bien si por cualquier accidente diplomático hubiésemos ido á añadir una estrella más á la constelación americana; ó si, los proyectos libertadores de Bolívar y Céspedes no hubiesen encontrado á su paso obstáculos formidables!

Diré para concluir que el poeta cubano observó de modo superficial é incompleto la Exposición; y su libro, por lo tanto, extravía al que lo crea una fotografía exacta del país americano. No dedica atención preferente al estudio de la sección del Nuevo Mundo, que era para nosotros la parte más interesante, como pueblo americano que somos. Para hacer un estudio más profundo de la Exposición se necesitaban hombres de cultura enciclopédica como el Sr. Varona ó el sabio sin canas, Carlos de la Torre, mi antiguo profesor y cariñoso amigo, á quien excito para

que dé á luz los resultados de su viaje, con lo que ganarán á la vez su país natal y las ciencias naturales.

No quiere decir lo anterior que el libro del Sr. Pichardo carezca de mérito. Es cierto que él no ha visto más que los pies del gigante americano; pero se encuentran á cada paso observaciones penetrantes y descripciones de cosas para nosotros ignoradas, por lo que siempre se aprende algo leyéndolo. Si hubiese estudiado algo más el asunto hubiera salido de su cerebro un monumento imperecedero; pero ya que no ha sido así, esperemos que en sus nuevos viajes nos dará á saborear frutos más delicados y sazonados su bien cortada pluma.

CARLOS M. TRELLES.



INGLATERRA Y CUBA (1)

Por lo que se vé en correspondencias recientes de Inglaterra, parece que el Duque de Argyll, y Mr. Forter se preparan á suscitar en ambas Cámaras del Parlamento inglés las ya olvidadas discusiones relativas al tráfico de esclavos entre la costa de Africa y la Isla de Cuba; y es de presumir que presenten pruebas de la invariable mala fé del Gobierno de España, y que recomienden al de la Gran Bretaña la adopción de medidas coercitivas bastante enérgicas para obligar á Amadeo I á subsanar la violación de los compromisos contraídos por Fernando VII.

La guerra de cuyo éxito depende en la actualidad la suerte de Cuba, puede dar inusitado interés á esas discusiones, que probablemente serán asunto de editoriales y correspondencias de periódicos; y no es inoportuno que, en obsequio de nuestros lectores, apuntemos algunos antecedentes de que conviene estar al cabo para hacerse cargo de la trascendencia política de los puntos controvertibles.

Los abolicionistas ingleses iniciaron sus trabajos á fines del siglo décimo séptimo, dirigiendo sus primeros ataques contra el tráfico de esclavos, y abogando después por la abolición de la esclavitud. Los promotores de este movimiento fueron blanco, por largo tiempo, de la odiosidad y de la burla de sus compatriotas; pero al cabo encontraron eco en el Parlamento, donde estadistas eminentes como Pitt y Fox abrazaron su causa, sin tener en cuen-

(1) Artículo inserto en el número 6 de «La América» de Nueva York, el 15 de Julio de 1871.

ta el clamoreo que contra ellos levantaron no sólo los comerciantes, los amos de esclavos, y la muchedumbre de los interesados en sostener *la trata* y la esclavitud, sino hasta miembros influyentes de la aristocracia británica.

Al fin, en Mayo de 1807, quedó definitivamente abolida *la trata* en todos los dominios ingleses; y desde entonces empezó el Gobierno de la Gran Bretaña á gestionar activamente con todas las naciones europeas para inducir las á que imitasen su ejemplo, aunque por lo que hace á España fueron tan infructuosas sus diligencias, que en 1814 no había podido recabar de ella nada más (y eso mediante una oferta de £800, 000), que la promesa de prohibir que los españoles llevasen esclavos de Africa á países que no fuesen posesiones de España.

En el Congreso de Viena (á que concurrió España en 1815, con Inglaterra, Austria, Francia, Portugal, Prusia, Rusia y Suecia) se adoptó una declaración condenatoria del tráfico, por ser «repugnant to the principles of humanity and of universal morality;» (1) y en 1817 se obligó el Gobierno español (pagándole por ello la Inglaterra £400,000) á poner término inmediatamente á su comercio de negros con la costa de Africa al Norte del Ecuador, y á abolirlo por completo en todos sus dominios del 30 de Mayo de 1820 en adelante.

Este tratado de 23 de Setiembre de 1817, (2) creó las Comisiones Mixtas, y concedió á los cruceros ingleses el derecho de visita, aunque limitando á ciertos y determinados casos la facultad de apresar *negreros*; y en Diciembre del mismo año dió Fernando VII un decreto en consonancia con lo estipulado en el tratado antedicho.

En 1822 (3) firmó el Gobierno español una ampliación ó aclaración del mismo convenio, (4) pero no por eso dejó de seguir fomentando el tráfico tan á cara descubierta como si á nada estu-

(1) *Declaration des Puissances sur l'abolition de la Traité des Nègres, du 8 Fevrier, 1815.*—Hertslet's TREATIES, vol. I, pág. 8.

(2) «Tratado entre la Gran Bretaña y la España, para la abolición del tráfico de negros, firmado en Madrid, en 23 de Septiembre de 1817.»—Artículo III. Su Majestad Británica se obliga á pagar en Londres, el 20 de Febrero de 1818, la suma de £400,000, á la persona que Su Magestad Católica designe para recibirlas.»—Hertslet's TREATIES, vol. II, pág. 276.

(3) Hertslet's *Treaties*, tomo 2º, pág. 370.

(4) Hertslet's *Treaties*, tomo 2º, pág. 380.

viese obligado; y tan escandalosas y frecuentes llegaron á ser las infracciones del tratado, que en 1825 (1) se vió Mr. Canning en el caso de amenazar á España con que si no obligaba á sus autoridades coloniales á cumplir con su deber, *en vano imploraría el auxilio de Inglaterra para que la ayudase á mantener á Cuba bajo su dependencia* (2)

Gobernaba en la Habana, á la sazón, el sagaz Don Francisco Dionisio Vives que estaba al cabo de los preparativos que se hacían entonces en Venezuela y en Méjico para invadir la isla, y que no contaba con la adhesión de los cubanos ni con la fidelidad de la escasa guarnición que tenía á sus órdenes. Sabíanlo el rey Fernando y sus ministros, porque Vives había escrito á la Corte pintando la verdadera situación de la Colonia; y la amenaza de Canning trasmitida á Zea Bermúdez en aquellos momentos por el enbajador inglés Mr. Lamb, fué causa de una real orden espedida en Enero de 1826, (3) que habría dado fin al tráfico prohibido si la hubieran puesto en ejecución; pero pronto pasó el miedo, y con él los propósitos de enmienda.

Los Estados-Unidos brindaron el amparo que Inglaterra parecía dispuesta á negar, y segura España de que Cuba sería suya (á pesar de ingleses, de sur-americanos, y de cubanos) mientras la Gran República no creyese llegada la ocasión oportuna de apropiársela, siguió importando negros de Africa á más y mejor, lo mismo de la costa oriental que de la Occidental, lo mismo del Norte que del Sur de la línea equinocial. Perdido el miedo, perdiéronse también los escrúpulos: las sentidas reclamaciones de Lord Aberbeen en 1828, (4) hicieron tan poca mella en Fernando como en sus consejeros; las enérgicas representaciones de Lord Palmerston en 1830, (5) quedaron sin respuesta; y ni siquiera consiguió Mr. Addington que el Ministro español acusase recibo, por

(1) Papeles presentados al Parlamento.—1825.—Clase B, pág. 1^a.
Papeles presentados al Parlamento.—1826.—pág. 9.

(2) Despacho de Mr. Canning á Mr. Frederick Lamb, y nota de Mr. Frederick Lamb á D. Francisco de Zea Bermúdez en Abril de 1825.

(3) Papeles presentados al Parlamento en 1827.—Clase A, pág. 111, y clase B, pág. 4.

(4) Papeles presentados al Parlamento en 1829.—Clase B, pág. 25.

(5) Papeles presentados al Parlamento en 1831.—Clase B, pág. 14.

escrito, de un despacho de Mayo de 1831, que pidió que los *negreros* fuesen declarados piratas. (1)

Durante los cuatro años subsecuentes no descansó Inglaterra en su incesante empeño en vencer la proverbial morosidad de España, y reducirla á que diese prendas suficientes para obligarla (cuando á la Inglaterra le conviniese) al cumplimiento de lo estipulado en 1817. Unas veces pidiendo, otras reclamando, quejándose á menudo, amenazando oportunamente, y siempre sacando partido de las circunstancias, fué apretándola paulatinamente hasta que, muerto ya Fernando y gobernando María Cristina, le arrancó su sentimiento al tratado de 28 de Junio 1835: (2) quedó definitivamente abolido el comercio de esclavos, se ampliaron y especificaron las facultades de los Comandantes de cruceros, y de las Comisiones Mixtas; se proveyó acerca de los *emancipados*, y la Reina se comprometió solemnemente á promulgar, *dentro del término de dos meses*, severas leyes penales que castigasen duramente á los participantes en el «tráfico inhumano.»

Dos meses, para España, cuando se trata de pagar lo debido, ó de cumplir lo ofrecido, quiere decir *dos siglos*, y es de creer que todavía estuvieran por hacer las prometidas leyes penales, si Inglaterra no hubiera apelado á remedios enérgicos para avivar á los legisladores españoles. Así y todo, transcurrieron diez años antes de que el Ministro-poeta Don Francisco Martínez de la Rosa las diera á luz en Marzo de 1845; (3) y ni son severas, ni nunca han servido más que para «cubrir el expediente.»

Las comunicaciones que en ese tiempo se cruzaron entre Londres y Madrid bastan para componer un tomo de regulares dimensiones, y entre ellas hay algunas, como la de Lord Aberdeen de 31 de Diciembre de 1843, (4) capaces de sacarle los colo-

(1) Papeles presentados al Parlamento en 1832.—Clase B, pág. 29.

(2) Hertslet's Treaties, tomo II, pág. 440.

(3) En el número 3, del apéndice B, págs. 168 y 169 del *Report* presentado al Parlamento en Agosto de 1853, se encuentra traducida la Ley Penal de 2 de Marzo de 1845.

(4) Despacho de Lord Aberdeen á Mr. Bulwer, en 31 de Diciembre de 1843. Se encuentra íntegro en el *Report from the Select Committee on Slave-Trade Treaties*, presentado al Parlamento en Agosto de 1853; págs. 67, 68, 69 y 70.—En otro despacho de 2 de Mayo de 1844 dice el mismo Earl of Aberdeen; «The bribes which the Authorities of Cuba have for many years received for upholding the Slave-Trade have been well known, and have been pointed out to

res al rostro á un pachidermo, dado caso que pudiera un pachidermo ser Ministro responsable de Su Majestad Católica.

En el intervalo trascurrido desde la ratificación del tratado de 1835, hasta la promulgación de las leyes penales de 1845, acaecieron en Cuba sucesos relacionados con el asunto de que tratamos, como el atropellamiento de Mr. Goff en Matanzas, la prisión de Mr. Turnbull en Holguín, y su posterior expulsión de la Isla, la visita de Lord Morpeth á la Habana, la memorable *conspiración de O'Donnell*, y tros, más ó menos importantes, cuya relación no cabe en las reducidas dimensiones de LA AMÉRICA; pero no podemos pasar por alto las negociaciones de 1840 y 1841 encaminadas á conseguir la libertad de los negros africanos introducidos fraudulentamente en Cuba después del 30 de Octubre de 1820.

Hacía ya cerca de dos años que estaba abolida la esclavitud en las colonias inglesas; era público y notorio que el Gobierno de Madrid persistía en patrocinar *la trata*; sabíase que los negreros españoles se reían de Inglaterra, de su marina, y de sus Comisarios; la prosperidad fabulosa de los hacendados cubanos irritaba á sus empobrecidos vecinos de Jamáica y las Bahamas; y sucedió que los mismos que antes se habían opuesto pertinazmente á la emancipación de sus propios esclavos, levantaron entonces el grito contra el escandaloso contrabando de *bozales* que se hacía en Cuba; y unidos á los abolicionistas de la Metrópoli, asediaron á su Gobierno con exposiciones y representaciones para que, de grado ó por fuerza, redujese á España á cumplir lo pactado. (1) El Parlamento, los periódicos y los meetings, clamaron por la supresión definitiva

«the Government of Spain.—The Spanish Government has not been able to deny those facts;—the iniquitous traffic is in full vigour, notoriously encouraged and almost openly defended by the man (General D. Leopoldo O'Donnell) to whom Her Catholic Majesty's Government has confided the interests and honor of the Colony;—the flagrant violations of the treaties with Great Britain—which are almost daily perpetrated in Cuba, and the equivocations and false statements with which the remonstrances of Her Majesty's Servants have been met by the representative of the Spanish Crown, give Her Majesty's Government the right to require that effectual means shall be taken to put an end to these acts.»

(1) «THE JAMAICA MOVEMENT FOR PROMOTING THE ENFORCEMENT OF THE SLAVE-TRADE TREATIES, AND THE SUPPRESSION OF THE SLAVE-TRADE.»—London, 1850.—Printed for gratuitous distribution, at Charles Gilpin, 5, Bishopsgate Without.

de aquel abuso, que llevaba trazas de ser perdurable; algunos propusieron ayudar á los cubanos á hacerse independientes, puesto que no eran ellos, sino los españoles, los que lucraban con la trata y sostenían la esclavitud, y en comprobación de este aserto adujeron numerosos testimonios de ingleses autorizados y fidedignos que atestiguaban que los hijos de Cuba tenían esclavos á más no poder, y estaban prontos á empezar á emanciparlos tan luego como sacudiesen el yugo colonial; y entre muchas publicaciones, consagradas á este asunto, que salieron á luz en Londres por aquellos dias, hubo una que, separándose del camino trillado, hirió la dificultad de una manera nueva. Pocos dias después recibió su autor una esquila del Subsecretario de Estado encargándole que condensase sus ideas en forma apropiada para que el Gobierno de S. M. B. las tomase en consideración. Hízolo así, y en una carta dirigida al Ministro expuso que España fomentaba *la trata* de hecho pensado, y propendía deliberadamente á aumentar el número de esclavos africanos, como medida de precaución para que los Cubanos, que detestaban su dominación, no se sublevasen; comprobó la imposibilidad absoluta de impedir la continuación de aquel Comercio, mientras los Capitanes Generales lo protegiesen y hubiese quien comprara negros bozales; é indicó un modo sencillo de hacer que nadie los quisiera comprar: pedir á España que fuesen libres todos los africanos entrados en Cuba con posterioridad al año de 1820; pedirle que la Comisión Mixta tuviese autoridad para exigir que los amos de negros de Africa demostrasen la legitimidad de sus títulos de dominio, y amenazarla con que, si España no accedía de plano á ambas pretensiones, Inglaterra reconocería y garantizaría la independencia de Cuba. (1)

Esto ocurrió en Marzo de 1840. En Mayo salió para Madrid el borrador de un nuevo tratado cuyas cláusulas se ajustaban en

(1) «The incalculable importance of the object would justify the Government, either in threatening, on the one hand, to recognize and guarantee the independence of Cuba in case of refusal, or in undertaking, on the other, as the price of her consent to an effectual and *bona fide* suppression, to secure the mother country in the possession of this valuable dependency, as long as it remained free from the stain of slave-trading.»

Carta impresa de Mr. David Turnbull al Viscount Palmerston.—London, March 13, 1840.

todo al espíritu de la carta mencionada; y el despacho de Lord Palmerston que la acompañó no contenía amenazas explícitas, pero las insinuaba delicadamente.

Fácil es imaginar la alarma que debió producir en Madrid este «proyecto de convenio» presentado en Junio por Mr. Aston al Ministro Pérez de Castro. Hasta hay quien crea que en aquel apuro volvió España los ojos á los Estados-Unidos, que tantas veces han sido su paño de lágrimas cuando ha tenido miedo de perder á Cuba; y que mientras se daban largas á la negociacion fué Mr. Everett á la Habana á estudiar el asunto «sobre el terreno.» El caso fué que la Regencia Provisional del Reino pidió informes á la Capitanía General de Cuba, que ésta por su lado indagó el parecer de varias corporaciones é individuos caracterizados, que se escribieron muchas resmas de papel, y que la cosa quedó en suspenso por tiempo ilimitado. Pero la mayor parte de los informes y memoriales de la Habana fué á parar al Ministerio de Estado de la Gran Bretaña, y allá están guardados los de la Junta de Fomento, de la Sociedad Patriótica, del Municipio, del Tribunal de Comercio, del Marqués de San Felipe y Santiago, de Don Wenceslao de Villa-Urrutia, y de otras personas, para cuando llegue el dia de usarlos como argumento para exigir perentoriamente la emancipación de todos los negros importados de Africa durante los cincuenta años, y de sus descendientes.

Dicen que ahora vuelve Inglaterra á tomar en consideración este asunto casi olvidado desde 1854, y como ya, gracias á Carlos Manuel de Céspedes, y á los Bayameses, puede decirse que cesó para siempre el tráfico de esclavos entre Africa y Cuba, debemos suponer que las anunciadas deliberaciones del Parlamento inglés no han de ser relativas á la trata *que no se hace*, sino á las consecuencias de la trata *que se hizo*. Es muy posible que ahora piense en remediar lo que antes no quiso precaver; pero creemos que *el Gobierno* de la Gran Bretaña no procede en este negocio á impulsos de la caridad, sino guiado por el interés, y tememos que en esta, como en otras ocasiones, atienda más á la «razón de estado» que á consideraciones de justicia. Por eso nos duele que el Señor Macías (1) haya tenido tan poca confianza en sus propias fuerzas

[1] CUBA IN REVOLUTION.—London, 1871.

que al dirigirse «al público» de Inglaterra se haya limitado á copiar al pie de la letra tres papeles, (1) excelentes en sí, pero que ninguno de ellos fué escrito para lectores ingleses, ni *in the name of the Republican Government of Cuba*, y más nos hubiera gustado que hubiera dado algo de su cosecha, apropiado al caso, y acomodado á las circunstancias: porque el *pueblo inglés* es liberal y generoso, abolicionista sobre todo, y abrazaría cordialmente la causa de la independencia cubana tan luego como lo convenciesen de que el camino más corto para destruir la esclavitud en Cuba es ayudar á los Cubanos á emanciparse de la dominación española.

Pero hemos puesto en duda que *el Gobierno inglés* haya querido, hasta ahora, de veras y de buena fe, impedir la importación de esclavos africanos en la Isla de Cuba. Hé aquí los fundamentos de nuestra opinión:

Cincuenta y cuatro años han trascurrido desde la ratificación del tratado de 1817 hasta la fecha en que escribimos (1871), y en tan largo tiempo no se ha dado un solo ejemplo de que España haya manifestado deseos sinceros de satisfacer las obligaciones que contrajo cuando vendió por cuatrocientas mil libras esterlinas la promesa de renunciar al comercio de esclavos. Muchos tomos en folio pudieran componerse con documentos de incontrovertible autenticidad que constan en el Foreign Office de Inglaterra, y que prueban satisfactoriamente que España jamás pensó en cumplir lo que prometió. Cuarenta y tantos Ministerios diversos, que representan todos los partidos políticos en que están divididos y subdivididos los españoles, rigieron los destinos de la Nación durante el azaroso reinado de Isabel II, y ni entre éstos, ni entre los de Fernando, hubo uno solo que, ni por casualidad, diese señales de querer suprimir *la trata*, sino que, por lo contrario, á todos se les conoció que la favorecían y protegían. Y sin embargo, la poderosa Inglaterra, tan poco sufrida con las naciones fuertes, tan poco magnánima con las desvalidas, le ha tolerado á la mísera España que haya estado mofándose de ella por espacio de más de medio siglo. Tan extraordinaria tolerancia da que sospechar.

[1] THE CUBAN QUESTION IN THE LIGHT OF COMMON SENSE.—New-York 1869.
 FACTS ABOUT CUBA.—New-York, 1870.
 CUBA UNDER SPANISH RULE.—New-York, 1870.

Ese Gobierno ha gastado centenares de miles de libras esterlinas en pagar sueldos de jueces y comisarios, y en mantener dos escuadras cruzando constantemente sobre las costas de Cuba y las de Guinea; y los sermones que, en forma de notas diplomáticas, le ha predicado á España en estos cincuenta años hubieran sido suficientes para catequizar á los salvajes de Africa. Pero lo ha hecho sabiendo á ciencia cierta que predicaba en desierto y que echaba el dinero al mar: porque ya llevaba sobrado tiempo de costosa experiencia, que debería haber bastado para abrirle los ojos, cuando una comisión de la Cámara de los Comunes le presentó en Agosto de 1853. (1) pruebas superabundantes de que los cruceros, y las comisiones mixtas, costaban mucho y no valían nada para la supresión de *la trata*, patrocinada por los Ministros de Isabel II, y en que empleaba caudales Doña María Cristina de Borbón. (2) Sin embargo, el Gobierno de la Gran Bretaña ha permanecido aferrado á los cruceros, á las Comisiones mixtas, y á la diplomacia; ciego á la evidencia, y sordo á las razones de multitud de ingleses que de entonces acá le han repetido en diversas ocasiones lo ya asentado por Mr. Everett, en su despacho de 1º de Diciembre de 1852, dirigido al embajador Británico Mr. Crampton: que para el tráfico de esclavos Africanos *there is no hope of a complete remedy while Cuba remains a Spanish Colony.* (3)

Y no fué esta, por cierto, la primera vez que el Gobierno de Inglaterra oyó decir (á quien debiera creer) que la mayoría de los hijos de Cuba era opuesta á *la trata*, que la mejor parte de la Sociedad Cubana execraba la esclavitud, y que España los forzaba á conformarse con ambas cosas. Mr. James Kennedy, que desempeñó en la Habana las funciones de Comisario Británico durante trece años; Mr. Joseph T. Crawford, que sirvió el Consulado doce ó catorce; y Mr. David Turnbull, antecesor de Mr. Crawford, lo escribieron muchas veces en comunicaciones oficiales enviadas desde Cuba á los Ministros de Su Majestad Británi-

[1] «Report of the Select Committee on Slave-Trade Treaties; together with the proceedings of the Committee, minutes of evidence, appendix and index.»—Ordered by the House of Commons to be printed, 12 August, 1853.

[2] En el mismo «Report,» pág. 92.

[3] CORRESPONDENCE BETWEEN THE UNITED STATES, SPAIN AND FRANCE.—Presented to the House of Commons, by command of Her Majesty, in pursuance of their address of April 11, 1853, pág. 63.

ca. Mr. Kennedy lo sostuvo de palabra (1) ante el Parlamento algunos años más tarde, y confirmó lo que otros habían dicho acerca de la desvergüenza con que los Capitanes Generales se enriquecían con ese comercio infame, y el descaro con que lo ejercía un tal Don Juan Antonio Parejo, Agente de Doña María Cristina de Borbón. (2) Cosas parecidas se leen en el informe evacuado por la Sociedad de Abolicionistas de Londres de 1842, (3) y en otro presentado por una comisión de la Cámara de los Comunes en 1853. (4) Entre los papeles que desde la Habana remitió, en 1844, el Consul Británico al Conde de Aberdeen, fueron la copia y la traducción de un memorial escrito por José Francisco Lamadriz, (5) firmado por noventa y tres hacendados y propietarios de Matanzas, y hecho pedazos por el Brigadier García Oña, en 1843, porque los noventa y tres le pedían al General O'Donnell que *dictase providencias conducentes al exterminio del tráfico ilegal*: y estos documentos los presentó el Lord Aberdeen al Parlamento con otros análogos que concurrían á probar lo que dejamos asentado. (6) Por cierto que algunos de los firmantes del memorial de Lamadriz expiaron su desacato en los calabozos del Morro de la Habana. (7) En un escrito dedicado al Earl of Clarendon, dijo Mr. Turnbull en 1849, *that the highest and the best (Creole proprietors) desire, as devoutly as ever did a Clarkson or a Wilberforce the immediate, total, and immutable abolition of the Slave-Trade*; (8) y el Doctor King se extendió, diez años más tarde, á sostener que en Cuba *there is a considerable and influential party disgusted with the abominations heaped upon their strand, and only awaiting encourage-*

[1] *Slave-Trade Papers*, presentados al Parlamento desde 1841 hasta 1854.

[2] Sus declaraciones de 26 y 29 de Julio de 1853.

[3] *Annual Report of the Anti-Slavery Society* for 1842, que entre otras cosas dice en la pág. 33, que "the Committee are decidedly of opinion that in Cuba a very strong feeling of opposition to the continuance of the Slave-Trade exists among the Creole or native population."

[4] *Report of the Select Committee*, antes citado.

[5] El memorial está inserto en la colección de *Slave-Trade Papers* de 1844 (Clase B, pág. 65), presentados al Parlamento.

[6] Otros papeles muy interesantes hay en la clase B de los *Slave-Trade Papers* de 1841, desde la página 363 hasta la página 423, y al leer esos informes deben tenerse presentes las advertencias de Mr. Turnbull respecto á las circunstancias de las personas que los suministraron.

(7) Don Benigno Gener y Don Pedro Guiteras.

(8) Turnbull.—"Travels in the West," pág. 170.

ment to seek relief from the infliction. (1) Y pudiéramos agregar otros testimonios; pero no queremos citar ninguno que no sea inglés, ni ninguno posterior á 1853. Los ya apuntados bastan para nuestro propósito de demostrar que ya hace más de diez y siete años (1871) que el Gobierno de la Gran Bretaña sabe positivamente que la mayoría de los Cubanos es opuesta al tráfico de esclavos; y lo sabe por conducto oficial y fidedigno.

Hace cincuenta y cuatro años que Inglaterra le compró á España la promesa de no consentir el comercio de esclavos entre Africa y Cuba; durante más de cincuenta años ha estado España engañando á Inglaterra con escándalo inaudito, y los ingleses sufriendolo con inaudita paciencia. Inglaterra ha malgastado sumas enormes en sostener Comisiones Mixtas y en mantener escuadras en mares lejanos; ha condenado á centenares de sus marinos á morir sin gloria y sin provecho en climas insalubres; y ha perdido el tiempo en dirigir á España quejas y más quejas, de que los españoles se han reído: todo por lograr que España cumpla lo que prometió. En este tiempo se le ha manifestado á Inglaterra la inutilidad de tan costoso sacrificio; se le ha hecho evidente que si de la voluntad de España dependiese, duraría *la trata* hasta la consumación de los siglos; se le ha probado que los Cubanos detestan igualmente el tráfico de esclavos y la dominación española; y se le ha demostrado que el modo más fácil, más seguro, y más económico, de concluir definitivamente con ese comercio inícuo, es *auxiliar* á Cuba, siquiera sea indirectamente, para que rompa las cadenas con que España la oprime. Sin embargo, el Gobierno inglés no ha querido ver pruebas, ni dejarse vencer por razones, y ha seguido impasible con sus cruceros, sus Comisarios, y su diplomacia, mientras los españoles han estado llevando bozales de Africa á la Isla de Cuba.

Al cabo sucedió que Carlos Manuel de Céspedes y un puñado de valientes, se echaron al campo atropellando por todo, y levantaron en Demajagua la bandera de independencia. Prendió el fuego de la insurrección en Oriente, saltó luego á Camagüey, se propagó más tarde á las Villas, y ya va para tres años que arde Cuba en la guerra más cruel de que hay ejemplo en la historia. Desde los primeros días de la sublevación proclamaron los

(1) King.—«The State and Prospects of Jamaica,» pág. 181.

cubanos la abolición de la esclavitud; por donde quiera que ha pasado su ejército, ha libertado los esclavos, y el resultado ha sido que á pesar de España, y contra la voluntad de los españoles, ha concluido virtualmente el comercio de esclavos.

Ahora, cuando en realidad no hay *trata*, nos anuncian que el Parlamento inglés va á tomar en consideración el asunto de *la trata*. No será para exigir la supresión de una cosa que está suprimida. No puede ser sino para pedir la libertad de los esclavos que deberían ser libres por haber entrado en Cuba después de 1820, ó por ser hijos, nietos ó biznietos, de los que estén ó hayan estado en ese caso. Pero esta misma petición, hecha á España en las actuales circunstancias, sería inoportuna, y sobre ser inoportuna tendría todas las apariencias de mal intencionada. Con ella quedaría confirmada la opinión de los que creen que Inglaterra, ó por los menos sus gobernantes, más se cuidan en este asunto de oponer barreras al engrandecimiento de los Estados Unidos, que de favorecer á los desgraciados africanos.

Por más que los Ministros de Su Majestad Británica, quieran ignorarlo, España no está hoy en pacífica posesión de Cuba. Los Cubanos se han declarado *independientes*, y no pelean por «freedom of the press, of opinion, and of commerce,» sino por existencia política propia é *independiente*; no están dispuestos á reconocer «her sovereignty» á trueque de concesión de «autonomy» (como equivocadamente ha escrito Mr. F. W. Chesson, en la introducción de un opúsculo publicado por el Sr. Macías, (1) sino que están resueltos á combatir sin tregua hasta haber realizado la *Independencia* de la Isla de Cuba, que para ellos quedó constituida en República desde el 10 de Octubre de 1868.

Hoy, pues, hay dos Gobiernos que se disputan la posesión de Cuba. Por un lado, la antigua monarquía fomentadora del tráfico de esclavos, sostenedora de la institución de la esclavitud, responsable de que estén sujetos á forzada servidumbre esos cuya libertad suponemos que trata de reclamar Inglaterra. Por el otro, la naciente República cuyo primer acto de vida propia fué declarar libres, de momento y sin condiciones, á todos los habitantes de su territorio; que empezó por dar libertad á los esclavos antes de darse á sí misma gobierno regular, y que al formular

(1) *Cuba in revolution*, pág. 10.

su Constitución decretó la abolición perpetua de la esclavitud.

Si Inglaterra reconociese la Independencia, siquiera la beligerancia de los cubanos, este solo reconocimiento les daría tal fuerza moral, que la expulsión de las Autoridades españolas, y la desaparición de su bandera del Nuevo Mundo, serían hechos consumados antes de muchos meses. La destrucción del poder español, y la emancipación absoluta de todos los esclavos que hubiese en Cuba, serían simultáneos; y es seguro que si *el público* inglés estuviese al cabo de lo que hoy pasa en Cuba; si tuviera conocimiento de los antecedentes, el estado, la índole y las tendencias de la revolución cubana, se pondría de parte de los cubanos que pelean por la *independencia* de su patria; y con la sola expresión de su voluntad, claramente manifestada, daría vida á un pueblo libre, aniquilaría de una vez y para siempre el tráfico de esclavos, y pondría en el inmediato goce de la libertad á centenares de miles de hombres, mujeres y niños que gimen hoy en dura esclavitud.

J. G. N.

Melrose, 10 de Julio de 1871.



MARGENES DE HISTORIA

DE MOLTKE Y ARMINIO

RECUERDOS

.....
Un grand caporal. Oui Le Petit Caporal, non. Ni Manzoni, ni Lamartine, ni Hugo u' auraient pu en tirer une ode. Il ni' y a pas chez cet homme matière á lyrisme; il est étranger á l' idéal. Dans toute sa carrière on cherche en vain l' être moral, on ne trouve que la culotte de peau.....

(John Lemoine, 30 avril 1891).

Lo que voy á narrar tuvo efecto en el año de gracia de 1876, en el circuito sagrado de la Ciudad Eterna.

En la posada donde había descendido, la casualidad me dió por vecinos de mesa honorables *gentlemen*, á quienes debo la buena suerte de haber visto, muy de cerca, á dos célebres artistas dramáticos de nuestro tiempo: Adelaida Ristori y el *feld-marschal* de Moltke.

Fuí presentado á Mme. Ristori por mi comensal de la derecha, uno de los buenos amigos de la gran trágica. ¡Cítesenos un lugar de los dos hemisferios en donde la Ristori no tenga buenos

amigos! Ese comensal de mi derecha era un excelente Holandés, de rostro siempre sonriente. La cara de Van Mispelblün (tal era su nombre) estaba eternamente iluminada por una sonrisa que la atravesaba de oreja á oreja. Aquel hombre parecía haber nacido para reir, beber, comer, dormir muy poco, prodigarse para el placer de otro y algo también para el suyo propio. Se le hubiera tomado, contemplando su ancha y buena cara, cómicamente feroz con sus enormes bigotes y su barba, por un gozoso soldadote de Bravver, escapado de su marco para venir á calentarse al dulce sol del Monte-Piencio y de la *villa* Borghése y para mirar á través de un vaso de vino las gargantas blanquísimas de las criadas romanas.

Mi comensal de la izquierda, un Prusiano de la verdadera Prusia, cumplía en Roma las delicadas y misteriosas funciones de corresponsal de una *Gaceta* muy oficiosa. Ese diablo de hombre (fornido y rojo, con anteojos de oro) me repetía sin cesar, con una fisonomía hipócritamente inquieta, que la hora del desquite se acercaba y que se le ponía la carne de gallina pensando en las represalias. Decía estas palabras cerrando los ojos tras sus antiparras, y juntando las manos.

Si he trazado aquí, al paso, un rápido boceto de mi amigo Mispelblüm es para destacar mejor la ingrata figura de ese cazurro Teuton.

* * *

El feld-mariscal de Moltke estaba en Roma hacía unos cuantos días, y la guarnición de la ciudad, precedida de sus músicas, no cesaba de desfilas ante los ojos del viejo soldado que atestiguaba silenciosamente y con una satisfacción discreta los reales progresos llevados á cabo.

—Unos cuantos años más—decía él—y el ejército italiano, reorganizado bajo la paternal dirección del Estado Mayor prusiano, será invencible.»

El Rey, el muy platónico amigo de los malos días y el príncipe Humberto, el enemigo presunto de los días futuros, acogían, con un gozo evidente, los cumplimientos del enviado del Emperador.

La mayor parte de los periódicos estaban llenos de artículos ditirámicos en honor de la Alemania y de su héroe. Noté, sin gran sorpresa, que en ellos se mezclaban á menudo alusiones cruelmente ofensivas para Francia. Aun en aquella época, ya tan alejada de nosotros, era fácil adivinar que la mayor parte de la Prensa romana pertenecía al Gran Canciller, tutor paternal de la joven Italia.

Una mañana, ví á mi Prusiano entrar en mi cuarto. El oro de sus antiparras me pareció más brillante, y sus largos cabellos rojos estaban arrojados más orgullosamente tras sus anchas orejas teutonas. Me dijo que el *feld-mariscal* no podía prolongar más tiempo su estancia en Roma; que al día siguiente se iba á Nápoles, pero que había querido aceptar el *punch* de adios que le ofrecía la colonia alemana de la ciudad. «Ese *punch*—añadió—tendrá lugar esta noche y vengo á rogarle nos haga el honor de asistir.

Yo titubée un instante. Desde algunos dias sentía, en medio de la ciudad de los antiguos Césares, desprenderse alrededor mio, un olor de germanismo que me afectaba penosamente. Yo amo la Alemania; pero el alemán que contemplo perfectamente impasible, cuando paso ante él en la *Friederik-strasse* [uno de nuestros *boulevards* exteriores, menos las *terrazas* de los cafés], me impresiona penosamente, lo confieso, cuando lo encuentro en el extranjero; sobre todo, en Italia. Es que, realmente, desde sus demasiados fáciles triunfos, gasta allí una insoportable pedantería, pedantería de conquistador intemperante y brutal. ¡Pobre Italia! ¡tú no eres ya más que una gran posada alemana en donde los vapores de la *choucroute*, los olores de la cerveza y el ácre perfume de las pipas de porcelana se mezclan tiránicamente á los discretos y odoríficos perfumes de los deliciosos *brocoli* y de la *polenta*. Tus sagradas ruinas no están al abrigo de su invasión y de sus pesadas burlas. Yo he visto, con mis propios ojos, toda una familia de grandes piés y de tradicionales antiparras penetrar ruidosamente, con paquetes bajo los brazos, en el viejo templo de Neptuno, en Pœstum, sentarse allí en donde se alzaba la *cella* de un Dios y beber irrespetuosamente, á la salud de Poseidon, en medio de frascos rotos y de *detritus* de salchichones y de mortadellas. Y además, me parecía oír todavía la voz de Momsem, quien en la misma Roma, en un banquete donde se

hallaban reunidos innumerables alemanes y muchas notabilidades del mundo político italiano, gritó:

—«Bebo á la alianza de los dos grandes poderes definitivamente reconstituidos, y que si es necesario, sabrán combatir, unidos entre sí para asegurar sus derechos reconquistados. ¿Pero acaso tienen algo que temer de sus vecinos celosos? Francia no es ya más que una palabra vana; nación caída, pueblo muerto»...

.....

.....

—Hé ahí lo que debe repetir hoy menos verbosamente Moltke— pensaba yo.

Pero lo que atestigué con tristeza, es que entre los artistas alemanes mismos, cuya alma no debía abrirse más que á las concepciones generosas y grandes y que son hoy muy numerosos en Italia, el sentimiento del odio envidioso contra la Francia se manifestaba de una manera excesiva; y el ardor con que se esforzaban en derramar alrededor suyo ese sentimiento que les agitaba—ó que por lo menos, parecía agitarles.—Aquello me sorprendió tanto, que me preguntaba si esos *misogalli* de exportación no hallaban en su propaganda antifrancesa una fuente más considerable de rentas que en la venta de sus producciones artísticas.

Sin embargo mi curiosidad de *tourista* concienzudo triunfó de mis muy legítimas repugnancias. Acepté la invitación y cuando sonaron las 8 de la noche, mi Prusiano me halló pronto á seguirle al Círculo alemán donde debía tener lugar la ceremonia.

*
* * *

La víspera, había sido yo recibido en audiencia por Pio IX y algunas horas antes de poder contemplar á mis anchas, durante toda una noche, á la azulada luz del *punch*, la máscara seca y cortante del *feld-marisca*, había tenido el goce de franquear la verja, tan bien guardada, de la *villa Casalina* y de conversar largamente con Garibaldi. Ah! he guardado de esa conversación una impresión profunda y me acuerdo de ella todavía en sus menores detalles.

Tous «trois sont» morts, Seigneur, votre droite est terrible.....

Un incidente, de un pintoresco doloroso, señaló la ceremonia de audiencia en el Vaticano. En el momento en que el Papa, muy débil y vacilante, pasaba ante las frentes de los fieles, apoyado en el brazo de uno de sus camarleros, un grito agudo y estridente, seguido casi en seguida del ruido de una caída, turbó la calma religiosa de la sala. Una dama americana, devota octogenaria, que había venido del fondo de su Estado para contemplar, antes de morir, la augusta cara de Pio IX, no había podido resistir á la fuerza de la emoción producida sobre su alma piadosa por la blanca aparición del Papa. En el mismo momento en que su labio tembloroso tocaba la sandalia sagrada, su pobre ser debilitado y enflaquecido por las prácticas místicas, se rompió y cayó como herido del rayo, como al contacto de una pila eléctrica demasiado cargada.

Viendo pasar cerca de mí, en el cuarto de púrpura, en medio de un hosco silencio, dos soberbios ugieres negros «con casaca de seda, capa de terciopelo y gorguera al cuello» cargados de aquel lamentable trapo humano, casi trasparente por la tisis, creí oír la triste heroína de los Goncourt; esa Madame Gervasais, á quien una crisis semejante rompió á los piés del Padre Santo, gritar, febrilmente inclinada sobre su *Imitación*, en una especie de exaltación feroz:

—«Morir! morir á lo que es! Morir á los otros! Morir á mí misma! Siempre morir!»

Puesto que siento, al correr de la pluma, despertarse uno á uno todos mis recuerdos, que el lector me permita bocetar en algunos rasgos el Garibaldi que he podido ver en 1876, algunas horas antes de hallarme en presencia de nuestro mortal enemigo: el *feld-mariscal* Moltke.

* * *

No sin trabajo penetré en la *villa* Casalina, situada fuera de la Puerta-Pia, á una legua casi de Roma. Aunque llevase dos cartas de recomendación, firmadas por Víctor Hugo y Luis Blanc, tuvo que parlamentar largamente antes de franquear el umbral custodiado por una especie de aldeano con pendientes de oro

en las orejas y portador de una cara pasablemente feroz; (un resto de los Mil, sin duda)..... Cuando recibió el fiel guardián la orden de dejarme penetrar, pasé orgullosamente ante la larga caravana internacional que *hacía cola* cuotidianamente ante la verja; y después de haber atravesado un hermoso jardín lleno de árboles y estatuas me dejé conducir hasta una cámara de la *villa* en donde Garibaldi; á los pocos momentos, vino á hallarme.

Al verle, me abandoné, á pesar mio, á un movimiento de dolorosa sorpresa. No era aquel el gran aventurero de largos cabellos rizados y de cara iluminada por la luz de las batallas. El hombre que estaba ante mí era un viejo de facciones adelgazadas por el sufrimiento, de manos torcidas por los dolores y que se arrastraba penosamente, encorvado sobre dos muletas.

—Señor—me dijo vivamente tendiéndome con gran trabajo una de sus manos,—sed el bienvenido como todos los compatriotas vuestros que se dignen llamar á la puerta de la *villa Casalina*.

Hablamos largo tiempo de política. Pero no es este el momento de relatar todos los detalles de esa entrevista. Que me sea permitido, sin embargo, decir que habló de Francia, (á la que él, según dijo, consideraba como su segunda patria) con una verdadera exaltación juvenil. Así, en el alma de aquel héroe, ante el cual todos los partidos deberían inclinarse como ante la más alta personificación de la idea de la Patria, ninguna amargura subsistía contra un país en donde á menudo no había recogido más que odio é ingratitud en cambio de las grandes fatigas que había soportado y de los peligros sin número á que se había expuesto por defenderlo.

Hablaba en un francés correctísimo, con *acento* apenas perceptible, y su voz penetrante y bien timbrada tenía la frescura de una voz de jovencía.

Lo que me sorprendió en seguida en Garibaldi, fué la dulzura exquisita de sus maneras, y el poderoso atractivo de su mirada y su sonrisa. Mi colega y amigo Carlos Yriarte da á conocer en excelentes términos el secreto asombroso de sus éxitos asombrosos:

—«Son debidos— dice—no solo á una elocuencia fascinadora, á su sangre fría y á su valor, sino también á una gracia indiscutible á dones magnéticos, á atractivos de encantador y quizá, ante todo, á su dulzura evangélica.»

* * *

Mientras escuchaba con recogimiento esa voz dulce como una música, la puerta del cuarto en que estábamos se abrió con estrépito. La esposa de Garibaldi, llevando en cada mano enormes tortas, entró riendo, (mujer muy bella) y seguida de cuatro ó cinco chiquillos que se prendían á sus sayas, cantando.

—Este es mi hijo más pequeño; Manlio,—me dijo Garibaldi, presentándome un adorable niño de siete á ocho años, rosado de las carreras que acababa de dar en los jardines, y cuyos ojos azules brillaban risueños.—Es un gran pilluelo—añadió el general dándole golpecitos en la mejilla.

—Uno de mis últimos sueños es llevármelo á París para que lo bendiga Víctor Hugo, el inmortal abuelo, á quien temo no ver más—añadió melancólicamente, mostrándome sus muletas.

El joven Manlio, entretanto, se había arrojado, con una glotonería muy cómica, sobre un plato de largos espárragos verdes, apenas cocidos y envueltos en miel, que le tendía un criado. Bien pronto, ayudado de sus compañeros los hizo desaparecer todos.

*
*
*

Cuando penetré en el Círculo alemán, había en él una multitud compacta. Sentados y puestos de codos ante mesas de madera blanca cubiertas de jarros y copas, los asistentes bebían, fumaban y cantaban. Muchos, ébrios, sin duda por el orgullo de recibir en su casa al *feld-mariscal*, y quizá también por copiosas libaciones, se abrazaban llorando. Espectáculo conmovedor!

De pronto se abre la puerta y de Moltke entra, apoyado en el brazo de M. de Kendell, entonces embajador de Alemania en Roma.

Los bebedores todos están de pié. Un *¡hurra!* formidable quebranta el establecimiento. Todos se apiñan y se empujan para ver de más cerca al gran hombre. Las jarras ruedan bajo la mesa.

De pronto reina un silencio profundo. Cada uno ha vuelto á ocupar su sitio. El viejo soldado se sienta á mi lado y puedo observarle á mis anchas. ¿Qué va á pasar? Un ser grueso, muy barbudo y provisto de una abundante cabellera, un verdadero

tipo de *vieja Alemania*, uno de esos puros *galófobos*, tan amados de Wolfgang Menzel, se levanta bruscamente. ¡Oh sorpresa! Se pone en la cabeza una corona de rosas, y este sombrero báquico le hace semejar vagamente á uno de los borrachos de Velázquez. Todos sus compatriotas le imitan. Nuevos ¡hurra! Las copas se vacían, luego se llenan, y el señor grueso comienza, con voz de trueno, un discurso interminable.

M. de Kendell parece muy molestado por aquella batahola, y de reojo mira tímidamente al mariscal. Este, con la cabeza inclinada sobre el pecho, parece buscar en la profundidad de sus sueños un refugio contra los mortíferos períodos del orador. De pronto éste se lanza sobre una silla y desciende de ella casi en seguida, después de haber tocado con un dedo terrible una tela inmensa representando la entrada de Arminio en el Walhalla.

Su voz es más amenazadora ya, y con su puño cerrado golpea violentamente la mesa. Las copas saltan y la cerveza rueda por todas partes. Todo el mundo aplaude. Nunca discurso fué más triunfante. Es que el orador se entrega á un ataque en regla contra la Francia, meditando las palabras pronunciadas algunos días antes por Momsem: *Nación caída, pueblo muerto!*

El cuadro, cuya vista acaba de exaltar la elocuencia *galófoba* del orador, es una obra extraña, llena de una fantasía desmeleada que la hace interesante.

Sentado sobre su trono, Odino recibe á Arminio, presentado á aquel por una joven Walkyria, lindísima, á fe mia. La cara del gran dios está llena de una suprema bondad y da placer ver su sonrisa *bonachona* abrirse en medio de la enorme barba que desciende en cascadas de oro sobre su abdomen divino. Ante esa gozosa figura, pensé involuntariamente en Gambrinus. Parece decir á Arminio, quien dobla respetuosamente la rodilla ante su alto poder: «No tantos cumplimientos muchacho; quítate ese pesado casco en forma de cuerno y toma asiento en mi mesa.» Entretanto las Walkyrias vienen corriendo de las profundidades del Walhalla, cuyas colinas azules se desenvuelven armoniosamente en las lontananzas, muy bien pintadas, del cuadro. Las unas traen cuernos plateados en donde el hidromiel espuma; otras, coronas de flores; otras, adelantan, desanudados los cabellos, abiertos los brazos, doblado el torso y dirigiendo las puntas rosadas de sus senos de nieve hacia los labios del dichoso caudillo.

En un loco acceso de lirismo, el orador había creído deber predecir al mariscal un destino inmortal semejante al del heroico Arminio, y recuerdo muy bien que la mirada del viejo soldado se detuvo largamente, con expresión satisfecha, sobre ciertos detalles libres de la tela en cuestión.

El discurso de recepción había terminado. Los cantos comenzaron de nuevo. Cantos roncOS y salvajes, hechos para casarse á las voces de los lobos en la noche de las selvas.

Viendo agitarse á mi lado, en el delirio de una embriaguez ya casi completa, esos hombres rojos y barbudos, llegados tumultuosamente de todos los rincones de Italia para presentarse ante de Moltke, sentí una profunda tristeza invadir mi alma. A pesar mio, mi pensamiento voló hacia esas lejanas épocas en que las hordas de los bárbaros del Norte acampan sobre las ruinas humeantes de la vieja Roma.

*
*
*

No esperé el fin de aquella orgía patriótica y me fuí, después de arrojar una última mirada al *feld-mariscal*. Su peluca estaba algo echada á un lado, sus ojos fatigados se cerraban involuntariamente, y sobre su cara vieja y marchitada estaba derramado un inmenso hastío. Tuve que andar algunas horas á través de las calles desiertas y en la noche tranquila y clara, para no oír ya aullar esos rabiosos cuyos cantos salvajes cubrían los dulces murmullos de la fuente de Trevi.

ARMAND DAYOT.

AQUILES MILLIEN

Formar una opinión errada acerca de lo que sea el cultivo de las letras, de cuáles sean los diversos ramos de éstas, y en especial, de lo que debe entenderse por bella literatura; tratar de agobiar á los literatos y á los Cuerpos literarios con censuras indecorosas y faltas de doctrina, y de sorprenderles con desatinados elogios individuales que no resistirían al examen de una crítica docta é imparcial, achaques son de estos tiempos en nuestro país, donde el prurito del libre examen, torcidamente interpretado, ha zapado el respeto á toda autoridad. Cosa semejante acontece en todas las naciones, singularmente cuando se trata de corporaciones, como las Academias, constituidas en autoridad y de difícil acceso, ya por ser limitado el numero de los que las forman, ya por las condiciones que se requieren para alcanzar sus votos; más en ninguna parte toman tales manifestaciones el carácter de perversión moral, agresivo y presuntuoso, que asumen en Venezuela; por donde se ve que en ello entra por mucho el atraso literario y el mal comprendido principio de igualdad, que todo quiere nivelarlo, el talento y la torpeza, el saber y la ignorancia, la virtud y el vicio.

Ya D. Juan Valera, al hablar del atraso de España, sentó, contra el parecer del vulgo, que es más patriota quien descubre sin recelo las faltas de su patria, que quien trata de adular y engañar ocultándolas; y yo lo repito con franqueza en esta ocasión, porque es más digno llamar á la enmienda que animar al extravío, y ¡son tantos hoy los que aquí tienen este desfavorable

oficio, propio sólo de sepultureros ó de verdugos, que sería locura no ver el escándalo y seguirles camino!

Digo todo esto porque aun los periódicos más serios incurren en vulgaridades que denuncian poca circunspección y escasos conocimientos literarios, dando así alas á la comezón de censurar y motejar que en todas partes desespera á las medianías y á las nulidades, bien que sólo á ellas perjudique.

Acontece, pues, que cuando la Academia Nacional de la Historia nombró Individuo Correspondiente suyo al gran poeta francés Aquiles Millien, uno de los periódicos que en esta ciudad se ufanan de entendidos y circunspectos, se juzgó autorizado para colocar un signo de interrogación al lado del nombre de tan ilustre literato, dando así testimonio de no estar enterado del actual movimiento literario, y faltando al respeto que se debe á toda corporación, nacional ó extranjera.

¿Por qué, me dije, no han abierto siquiera el gran diccionario de La Rousse, el de Vapereau, el de Gubernatis, ó cualquiera otro, antes de dar paso tan inconsulto?

Y como quiera que el poeta indicado es una de las celebridades de la literatura francesa, y amigo íntimo mío que merece admiración y cariño, tanto por su elevado mérito literario cuanto por la nobleza de sus sentimientos y sus preclaras virtudes, propúseme escribir acerca de la importancia de su obra, á fin de desvanecer en su ánimo el errado concepto que aquella imprudencia pudiera sugerirle respecto de nuestra prensa y nuestros hombres de letras. Compromisos anteriores, ocupaciones perentorias, y mis males físicos, no me habían permitido cumplir hasta ahora el mencionado proposito, y aun tendré que llevarlo á cabo con menor detenimiento del que requiere obra tan vasta como la de este fecundo poeta, bien que ella, por sus brillantes calidades, enamora y arrastra.

Juan Esteban Aquiles Millien nació en Beaumont-la Ferrière (Nièvre) por el año de 1838, é hizo brillantes estudios en el Liceo de Nevers.

Cuando en 1860 publicó su primera colección de poesías intitulada *La Moisson*, causó honda conmoción en los hombres de letras y en el público.

Lamartine y Víctor Hugo, Víctor de Laprade y el Conde de Segur, Barante y el Marqués de Laroche-foucault, Montalembert

y Villemarqué, el Marqués de Laincel y el Conde de Marcellus, los literatos más ilustres de Francia, que nunca prodigan el elogio, le dirigieron espontáneas y lisonjeras cartas que, dice León Rogier, nada debían al favor y condescendencia.

Todas las Revistas y los Diarios saludaron al autor como á uno de los poetas más *personales* de Francia. Alfonso Karr, Cherbuliez, A. de Martonne, Ulric Guttinguer, de Bornier Viel Castel, Doriac, y en suma, todos los legítimos dispensadores de la gloria, contribuyeron con sus escritos á la popularidad del poeta, que vió con sorpresa agotada en breve la colección de sus versos.

En 1862 publicó un nuevo volumen intitulado *Chants Agrestes*; en 1863, *Les poèmes de la Nuit*; *Humoristiques*; *Paula Majora*; en 1865, *Musettes et Clairons*; en 1870, *Legendes d'aujourd'hui, poèmes, leids et sonnets, y Voix des Ruines*; *Légendes évangéliques y Paysages d'hiver*, en 1873.

Su renombre literario quedó sólidamente establecido y se propagó por el mundo.

Saint Beuve le hizo justicia en una de sus *Causeries du lundi*; Julio Janin le encomió como á uno de los mejores poetas de la época; Saint René Taillandier le enzalzó en la *Revue des Deux-Mondes*; y en tanto que Emilio Deschamps salía de su retiro y llenaba dos extensos folletines con una crítica sabia acerca del mérito y la gloria del poeta, Amadeo Pichot afirmaba en la *Revue Britannique* que Aquiles Millien *había conquistado en la poesía francesa el mismo puésto que Uhland en la de Alemania*; Eugenio Chapus le juzgaba en el *Sport* digno de ocupar un sillón en la Academia, y Filiberto Soupé en la *Revue Contemporaine* se hacía lenguas del ingenio y el sentimiento de aquel egregio poeta de treinta años que disponía con tanta belleza sus cuadros y versificaba con tanta hermosura y tan elevadas ideas.

Mas no pararon aquí los lauros de Millien. La Academia francesa, que en 1864 le había honrado por los *Poemes de la Nuit* con el premio Maillé—Latour—Landry, que concedió en un tiempo á Alfredo de Musset, volvió á laurear sus poesías; numerosas Academias de Francia y del extranjero le nonbraron ó Correspondiente ú honorario; las Revistas más señaladas solicitaron su colaboración; y literatos eminentes de Alemania, España, Italia y otras naciones, hicieron justicia en los periódicos más calificados al ingenio del poeta. Entre estos literatos quiero mencionar al

ilustre poeta Dingelstedt, á Rudolfo Gottschall, á Niccolo Tommaseo, á D. Antonio Ferrer del Río, á D. Antonio de Trueba, á F. Wehl, á R. Heller, á Honegger, á Van Staden, á Castello Branco, Pinheiro Chagas y César Machado, de los más insignes literatos portugueses estos tres últimos.

En 1876, Lemerre compiló la mayor parte de las poesias de Millien en un gran volumen de más de 400 páginas, impreso lujosamente en magnífico papel y con aguas fuertes de los más famosos artistas de París; hoy anuncia una edición completa en dos volúmenes, por el estilo de la anterior, en la cual incluirá los publicados con posterioridad, como *Poemes et sonnets*, *Le fluteur*, *La fille du fluteur*, *Petites fables et légendes du Nivernais*, *Chants populaires de la Serbie et du Monténégro*, *Camoens*, *Les chants oraux du peuple russe*, *Christophe Colomb*, *Fleurs de poésie, morceaux des poètes portugais, traduits en vers*, *Le Libérateur*, (Bolívar,) y otras más.

Actualmente tiene Millien en prensa un volumen de Baladas, búlgaras las más; y lleno de agradecimiento por la honra que le han dispensado las Academias de la Lengua y de la Historia de Madrid, y corporaciones de la América Española, trabaja con ahinco en un Parnaso español y en otro hispano-americano.

Millien ha publicado asimismo novelas, estudios de arte, y dos notabilísimos trabajos acerca de la poesía francesa en el extranjero el uno; y el otro respecto de la poesía contemporánea, con noticias críticas, trozos traducidos, y observaciones de alta escuela.

Entre este inmenso equipaje (*bagage*) como dicen los franceces, cuenta Millien una obra monumental editada por Ernesto Leroux en cinco grandes volúmenes 450 á 500 páginas, impresos con el mayor lujo y en caracteres elzeverianos. Intitúlase *Litterature populaire, traditions et mythologie du Nivernais*, y contiene cuentos, canciones, leyendas, costumbres, supersticiones, creencias médicas, plegarias, hechizos ó ceremonias mágicas, refranes, apodos, y enigmas populares de aquella parte de Francia. Esta obra, ilustrada con hermosos grabados, revela un trabajo difícil, de pacientísima investigación, dilatada y docta; y un celo y un patriotismo que nunca serían bastante encomiados, y han colocado al autor entre los más egregios literatos de la época. Para tener idea de tal labor baste saber que una misma canción popular, repetida veinte

veces en distintos lugares de la provincia, y siempre con notables variantes en la letra y en la música, ha sido por él recogida con sus diversas formas.

A pesar de ser tan numerosos los hombres de letras y los periódicos á quienes ha ocupado la labor literaria de Millien, y acaso por su misma extensión, hale sucedido como á Víctor Hugo, que no tuvo en vida quien hiciese un estudio detenido y completo de su vida y obras.

El estudio más extenso que conozco acerca de Aquiles Millien, es el publicado en 1860 por León Rogier; y bien que cuenta 119 páginas, no contiene ningún rasgo biográfico, refiérese sólo á las primeras poesías del autor con el propósito de encomiar el estudio y cultivo de la poesía popular, y expresa ideas estrechas acerca de la poesía, al extremo de condenar sin apelación á poetas de la talla de Alfredo de Musset, sólo por la impiedad que en *Rolla* ostenta, olvidando Rogier que el crítico no merece ser considerado como tal, ni cumple con sus deberes, cuando se sujeta á una escuela determinada. Que condenase las blasfemias del poeta sería propio de un pensador cristiano, pero que por ello se adelante á afirmar que mañana nadie leerá á Musset, es absurdo.

Musset, como observa Teodoro de Banville, no puede ser leído sino para ser admirado, porque como muchos poetas de ingenio solía romper hasta con las conveniencias de la rima, arrebatado por la inspiración, devorado por el genio y el amor; y tengo para mí que aunque Musset no tuviese otros cantos que sus estrofas á la Malibran, su Idilio, y su epístola á Lamartine, esas tres composiciones bastarían á librar su nombre del olvido. Separar el oro de la escoria, he ahí el oficio del crítico. Hay que tener cuenta de la educación de Musset, de la época de excepticismo en que le tocó brillar, de su sensualidad y de las consecuencias que ésta determina, para poder apreciar sus extravíos literarios y filosóficos y dar á cada uno el lugar que le corresponda. Verdad es que como niño mimado, que como filósofo impío y sin corazón, soltó aquellas blasfemias en *Rolla* y tiene lugares en que trata á la religión, la sabiduría y la patria como tonterías; pero en sus *Stances*, en *Namouna* y en otras poesías, se le escapan frases llenas de sentimiento que manifiestan que la fe aun no había muerto en el fondo de su alma.

Todos los hombres de genio, todos los que sobresalen entre

la multitud, han pasado por el calvario que la envidia y el odio les preparan, á las veces sin detenerse en lo infame y descomunal de la calumnia, como aconteció á Byron y á Bello. Millien, como Víctor Hugo, ha tenido asimismo sus detractores, y ello se colige de sus valientes estrofas intituladas *Decadence*. Pero, qué mucho? ¿Cuándo soportaron el odio y la envidia de las medianías la superioridad de los grandes hombres?

¿Quién condujo al cadalso á Andrés Chenier y á Camilo Desmoulins? ¿Quién al hospital á Malfilâtre y á Gilbert?

«Todos los espíritus vulgares,» dice León Rogier, «todos los corazones estériles, todos los frutos secos de la literatura, que nada alcanzan á crear, se han dado á la crítica con esta palabra de orden: «puesto que no podemos ya arrebatár su gloria á los viejos literatos Hugo, Lamartine, Sand, dejémosles gozar de su renombre y exaltémosles más bien á fin de dar mayor apariencia de sinceridad á nuestros ataques, pero matemos con el silencio á los demás y gritemos en alta voz ¡decrepitud!» Atrás! artesanos de la mentira! Vosotros fuísteis los que arrastrásteis al suicidio á Gerardo de Nerval y á Chatterton, vosotros los que hicísteis morir en el hospital á Elisa Mercœur y á Hegesipo Moreau, cuya superioridad os inspiraba odio!»

Hegesipo Moreau, aquel gran talento tan flexible y original, cantó moribundo en el hospital, como en otro tiempo Gilbert.

De su último canto conservo en la memoria una estrofa que parte el alma:

Tremblez, méchants! mon dernier ver s'allume,
Et si je meurs, il vit pour vous flétrir!.....
Helas! mes doigts laissent tomber ma plume:
Pauvre Gilbert, que tu devais souffrir!

Pero verdad es que si Aquiles Millien, apellidado por algunos críticos el Lucrecio cristiano, ha sido en ocasiones lastimado por escritores socialistas con motivo de su profunda fe católica, ninguno ha dejado de reconocer la sinceridad y valentía de su inspiración, la originalidad de su ingenio, la belleza y corrección de sus versos, y el derecho que tiene á ser considerado como el verdadero jefe de la escuela popular artística, que no hicieron más que iniciar Thales Bernard y otros notables poetas france-

ses. Observa por principio esta escuela el expresar en bella y culta forma las ideas y los sentimientos del pueblo, y no en adoptar el lenguaje del pueblo para expresar ideas y sentimientos que sólo tienen cabida en los espíritus cultivados. Este principio ha dado vida á la nueva escuela popular artística, que presenta así á la poesía moderna una mina riquísima de que acaso sólo se encontrarán hermosas muestras en Tomás Moore y en el gran poeta escocés Roberto Burns, no obstante que éste prefirió casi siempre el patrio dialecto para escribir sus originales poesías. Thales Bernard y León Rogier censuran á Federico Mistral y á los demás poetas provenzales que escriban en el dialecto moribundo de Provenza, ya alterado por los siglos y desposeido de la elegancia de los antiguos trovadores, porque en el intento de salvarlo, sólo conseguirán perecer con él; y sin duda que los dos insignes literatos franceses tienen sobra de razón, una vez que, tratándose del género popular, lo que envuelve mayor importancia para el arte y para la historia, son las ideas, costumbres y sentimientos del pueblo.

Se ha comparado á Millien con Lucrecio; puede hallársele semejanza con Roberto Burns en caracteres de escuela y en el vigor y lustre de la imaginación y del colorido; con Moore en la dulzura melancólica y en el amor á la poesía popular; con Thomson en la belleza de las descripciones y en el culto á la naturaleza; con Lamartine, en suma, por lo patético, contemplativo y armonioso; pero Millien no procede de ellos; su poesía tiene origen en su carácter personal y en el medio en que se mueve.

El Nivernais! he aquí la explicación de su genio y de su grande obra. Millien hubiera experimentado el profundo dolor de Roberto Burns cuando por primera vez abandonó el lugar nativo, si le hubiesen obligado á alejarse del terruño en que vió la luz y ha cifrado la felicidad.

El Ninervais, asiento un tiempo de los eduos ó biturigios, está en el corazón de Francia y á él pertenecía la antigua Augustodunum, á donde toda la nobleza gala iba á hacer sus estudios científicos. Llena de las tradiciones de los galos y de los francos, asiento de las más antiguas familias, con sitios históricos que traen á la memoria hechos singulares de los tiempos caballerescos, con castillos que son el símbolo del poder solitario y personal, conventos que recuerdan la época en que los reyes eran com

súbditos de los monjes, no pocas veces terribles como Columbán; con majestuosas montañas, inmensos ríos, dilatadas llanuras cubiertas de rebaños y de pastores; con extensos viñedos, huertas y praderas, y riquísimas minas; y con un pueblo en el que perduran, más que en ningún otro de Francia, la tradición y la superstición, el apego á las antiguas costumbres y la esperanza y la fe de los viejos cristianos, el Nivernais ha encadenado al poeta, le ha esclavizado con la hermosura voluptuosa de su naturaleza, y ha puesto en su corazón y en su cerebro todos sus recuerdos y sus dolores, todas sus alegrías y sus visiones; y toda aquella imaginación vivaz del pueblo que tendió un día con maravillosas leyendas á hacer de Clodoveo, primer rey cristianísimo, un ser sobrenatural, predestinado y bendecido por Dios. Eso es lo que respira en la obra del poeta: el pueblo le ha dado su fe, la naturaleza los ruidos misteriosos de la selva, la majestad de los grandes ríos, la frescura agreste de las hojas nuevas, el olor del musgo humedecido por el rocío, el colorido y la claridad del cielo, y la voz armoniosa de los pájaros cantores; su melancolía es la del pensador acostumbrado á la soledad y al recogimiento entre las vetustas bóvedas de aquellos conventos seculares.

Esta vida contemplativa, que eleva su alma, y el alejamiento de la agitación turbulenta y enervante de gran capital, le han sustraído á las ideas enfermizas que han viciado el espíritu de poderosos talentos de la literatura francesa. Cuéntanos Hesiodo que el Pudor regresó al cielo cuando los hombres, después de la edad de oro, se hicieron más pervertidos; y pudiera yo decir que en Francia había acontecido hoy igual cosa, si musas como la de Aquiles Millien no ostentasen el blanco velo de la Némesis púdica.

La musa hechicera de Millien no tiene, como la de Víctor Hugo, las alas poderosas de Minerva, que salió armada de la cabeza de Jupiter y enseñó á Apolo á tocar la lira; sino las movibles de la casta y severa Diana, que erraba por los bosques y las selvas; su inspiración no es el corcel impetuoso y bravío de las llanuras del Elida, sino el águila que se nutre con la ambrosía que le presenta Hebe y se remonta majestuosa en el espacio. Los antiguos hubieran encarnado el alma de Víctor Hugo, después de muerto, en el cuerpo de un león; la de Millien, en el de un pájaro de la selva.

«Aquiles Millien, sienta Staaf en su celebrada *Historia de la*

«*Literatura francesa*, se señaló desde sus principios por un lenguaje correcto, por una poesía fresca y perfumada..... Cuando aparecíamos algo fatigados de esa poesía subjetiva, mil veces tamizada por los alumnos de Lamartine, que exclamaba en innumerables variantes:

O mon Dieu, pourquoi suis-je né?

«Esas inspiraciones viciosas desazonaban al público, que, como un valetudinario, sentía la necesidad de beber en fuentes sanas..... Con firme pincel, Aquiles Millien nos devolvió de pronto á los Mieris y á los Van Ostade. La vida campesina con su ingenuo aspecto y su brusca alegría, la cabaña con el techo cubierto de írides, el torrente saltador, la peña en que se arrullan las palomas, el saludable olor de las praderas recién cortadas, y una elevación natural del corazón hacia Aquel que ha creado tantas cosas sublimes ó hechiceras, he aquí el fondo de la poesía de Aquiles Millien.....»

El historiador ha sintetizado en pocas palabras el genio del poeta, como no lo ha hecho ningun otro crítico. Las poesías bucólicas y campestres de Millien son enteramente originales, y en nada se parecen á las de los antiguos cultivadores del genero, porque, sobre abandonar toda mitología, revelan un vigor poderoso en el estudio de lo más abstracto y universal de la vida del campo y en el de los problemas de la naturaleza y del alma, acerca de los cuales se expresa siempre con la sencillez, colorido y sentimiento del verdadero poeta.

¡Qué poder de metafísica en el estudio de la vida campesina, y qué hermosura de corazón no revela Millien en la admirable y extensa composición intitulada *Moralité!* ¡Cuánta originalidad y belleza, y cuanto sentimiento en *La Lande*, que principia con esta tierna estrofa:

J'ai suivi les troupeaux dans la lande sauvage
Oú la voix des amants n'a jamais murmuré;
Et regardant la croix qui se dresse au rivage,
J'ai baissé mon front pâle, et mes yeux ont pleuré!
¡Qué pincel el de *La fin de la journée!*

Pinta el declinar del día en los valles; los segadores que se retiran del henar, cantando los unos, los otros silenciosos; los ali-

neados haces de heno que exhalan su sano olor al viento de la tarde; las colectoras á quienes la fatiga del trabajo convida á sentarse; la madre que da entonces el pecho al niño; la chica que se duerme sobre la hierba, apoyada lánguidamente en el codo la cabeza, sobre la cual cae un dorado rayo de sol, que ilumina su rosada mejilla, y luégo dice:

Toi qui restes debout, regardant la campagne,
Belle fille aux bras nus que bronza le soleil,
A quoi penses-tu, près de ta brune compagne
Dont l' œil aussi se fixe á l'horizon vermeil?

As-tu donc aperçu lá-bas, au pied du saule,
Quelque garçon, passant sous un rayon du soir,
Qui marche fièrement, la faux sur son épaule,
Ou qui mène en sifflant les bœufs à l'abreuvoir?

Peut-être écoutes-tu du fond de la prairie
Venir á ton oreille un accent bien connu?.....
Que vois-tu dans le vague? Où va ta rêverie?.....
Dans quel lointain se perd ton regard ingénu?.....

En seguida encomia la gallardía agreste y sin cultura de la robusta belleza y excita á las *henadoras* á dejar dormir á la naturaleza, porque ya el cielo está pálido y la claridad huye. Por el aire y las aguas se extiende una calma severa; el silencio descien- de de los espesos ramajes; se siente á Dios en la sombra velando sobre la tierra, y el corazón respira libremente amor y paz!

Sólo los parnasianos Leconte de Lisle y José María de Heredia, y á veces Copée, tienen el poder descriptivo de Aquiles Millien, que sabe asimismo presentarnos pequeños poemas de gran mérito.

Quiero copiar *Le Torrent*:

Entends-tu le torrent mugir comme un tonnerre,
Prolonger ses roulements sourds.

Entasser jour et nuit dans les flancs de la terre

Les rochers qu'il brise en son cours?

De cent pieds de hauteur precipitant son onde,

Ebralant le mont de granit,

Le tourbillon bondit, retombe, écume et gronde

Et sans repos creuse son lit.
 Imprudent qui voudrait se pencher sur la cime;
 Le gouffre attire: en un clin d'œil,
 D'une écume de glace il couvre la victime
 Qui sous les rocs trouve un cercueil.

El soneto *Clair de lune* (Claridad de Luna), es precioso por la suavidad y grata ondulación del ritmo, la belleza de la rima y la verdad del paisaje. Véase la luna pálida que argenta en la lejanía las mieses maduras que poco antes ondeaban como un océano de oro, y se baña trémula en la onda que murmura dulcemente. Bajo la hierba canta aún el grillo. Un pájaro nocturno alza pesadamente el vuelo, y vuelve á dejarse caer más allá en los sombríos ramajes; del negro tallar, cercado de breñas de mora, salta un corzo á quien espanta un lejano sonido de cuerno. El resplandor blanco ilumina, al través del follaje, veinte agrupadas cabañitas donde los aldeanos duermen olvidando las fatigas del día.

Seul, encore debout, veillent au clair de lune
 L'avare décrépité qui pense á sa fortune,
 La fille de seize ans qui rêve á son amour!

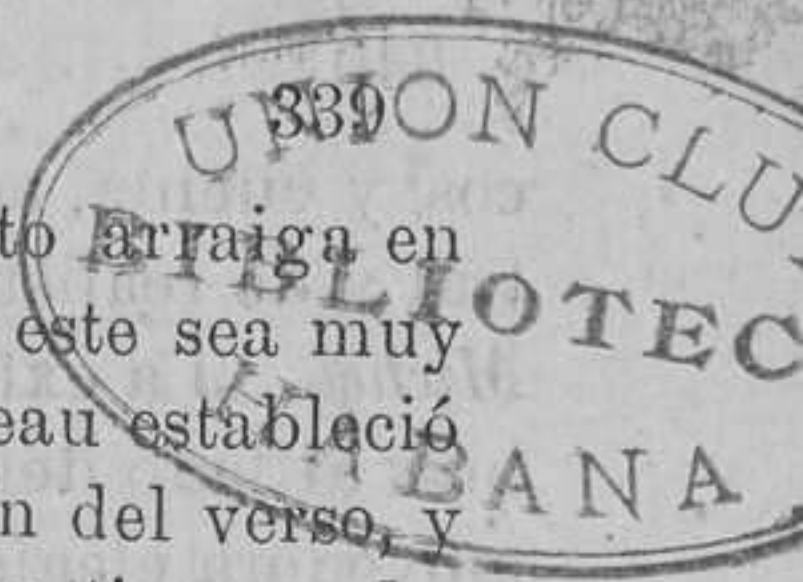
En este soneto hay que observar, no para censurarlo porque ello es una peculiaridad de la métrica francesa, bien que la castellana lo condene hoy, la circunstancia de que estén formando rima las voces *mâres*, maduras, y *mâres*, moras; pero acontece esto porque el francés, cuya versificación descansa principalmente en la rima, no atiende sino al significado del vocablo que ha de constituir ésta. *Gloire* y *victoire*, por ejemplo, que son consonantes legítimos, son considerados como banales y censurados, por despertar ideas relativas. Sólo se permite su empleo cuando se los sabe presentar con cierta novedad. *Venus* y *nus* le han sido censurados á Víctor Hugo, porque aunque iguales á la vista las sílabas terminales, la *s* de *nus* es muda, y el verso obliga á pronunciar *nusse*; pero *mâres* y *mâres*, idénticos en estructura y pronunciación, son legítimos consonantes por ser diversa la significación *maduras* y *moras*; por donde se vé que, como lo he indicado, para el francés es principio que la rima

sorprenda despertando una idea inesperada. Y esto arraiga en la práctica del genio y gusto del francés, no en que este sea muy severo en la obediencia á los preceptistas, pues Boileau estableció el descanso de la idea en los hemistiquios y al fin del verso, y prohibió el hiato, y si en lo primero se le respetó un tiempo, determinándose así el prosaismo del verso, ya hoy nadie le respeta en tal punto; y tocante á lo segundo, ningún gran poeta le ha atendido nunca. Desde Corneille y Racine hasta Víctor Hugo, Leconte de Lisle, y los demás de la época actual, incluso Millien, ningún poeta ha dejado de faltar al mencionado precepto; y cuenta que hay hiatos hechiceros por el candor y el sentimiento que manifiestan, como aquel, muy conocido, de Alfredo de Musset en *Namouna*:

Quelle perversité! quelle ardeur inouïe,
 Pour l'or et le plaisir! Comme toute la vie
 Est dans tes moindres mots! Ah folle que tu es,
 Comme je t'aimerais demain si tu vivais!

Millien ha contribuido á enriquecer la versificación francesa como que atendiendo á los principios establecidos por el belga Andrés Van Haselt en sus *Estudios Rítmicos*, ha hecho con frecuencia esmerado uso de ritmos no acostumbrados en la poesía francesa, como los versos de nueve sílabas y los de once. En los cantos populares y en los cuentecitos del Nivernais, Millien tiene curiosas muestras de la imitación del grito de los animales y del canto de los pájaros, con repeticiones y rimas ingeniosas, que recuerdan las antiguas de que da testimonio Pedro Richelet en su *Compendio de las reglas de la versificación francesa*.

No es sólo en todos estos primores y en los géneros descriptivo y sentimental en los que brilla Millien. El amor patrio ante los últimos desastres de la guerra franco-alemana le ha arrancado los hermosos y enérgicos cuadros de *Voix de Ruines*; la religión le ha dictado las *Légendes Evangéliques* y otras poesías admirables, como *L'Arbre Consolateur* y *Le Cyprès*, que parecen salidos del corazón de Lamartine, y *Dans la tourmente*, soneto inspirado por una fe intensamente profunda, y vigoroso y brillante como los de Leconte de Lisle; los dramas de la miseria, enardeciendo su alma, le han infundido elevadas ideas y robustez y vigor líri-



cos; y cuenta, además, poesías humanas de un desempeño magistral y de realismo libre de vicio, como la del ebrio, intitulada *Michel*. La extensa leyenda y el viril poema campean en sus libros al lado del idilio delicado, del soneto artístico y de la conmovedora elegía. Es un poeta sano que nos descubre un gran corazón, personal y humano, sin que, como hijo de este siglo, le falte la nota desconsoladora de la duda que persigue al pensador:

Mais mon cœur défaillant comptait sans sa faiblesse,
L'idéal abusait mon espoir tourmenté;
Et voilà que, courbé sous la même tristesse,
Je suis resté confus devant l'immensité!

Como quiera que no hay persona medianamente ilustrada que no entienda el francés, he querido presentar muestras de las poesías del poeta en su propio idioma, para no arrebatárles su delicado perfume y su armonioso ritmo. La extensión de este escrito me ha obligado por igual modo á transcribir sólo ó composiciones cortas ó estrofas aisladas, y asimismo á pasar por alto cuadros de perfección magistral que hubiera querido analizar.

¡Cuántas bellezas no hubiera podido desplegar ante los ojos del que me lee, y á quien supongo ávido de una poesía vigorosa y saludable que distraiga al espíritu de los amargos pensamientos de la vida actual!

Millien es una de las glorias más puras de la literatura moderna; y es de lamentarse que su ingénita modestia, sus males físicos y su apego al terruño, no le hayan permitido pretender un sillón entre los cuarenta inmortales.

JULIO CALCAÑO.

DOCUMENTO HISTORICO

HOJA DE SERVICIOS DEL GENERAL NARCISO LOPEZ (1)

INSPECCION GENERAL DE CABALLERIA

El Brigadier D. Narciso López, su edad cuando empezó á servir 16 años, su país Caracas, en Venezuela, su calidad Noble, su salud robusta, sus servicios y circunstancias los que se expresan.

TIEMPO EN QUE EMPEZO A SERVIR LOS EMPLEOS				TIEMPO QUE HA QUE SIRVE, Y CUANTO EN CADA EMPLEO				
Empleos	Dia	Mes	Año	Empleos	Años	Meses	Dias	
Soldado distinguido.....	15	Junio	1814	De Soldado.....	2	2	
Subteniente.....	17	Agosto	id	De Subteniente.....	8	14	
Teniente de infantería.....	1º	Mayo	1815	De Teniente.....	2	10	15	
Capitán de caballería.....	16	Marzo	1818	} De Capitán.....	2	3	18	
Grado de Teniente Coronel.....	5	Febrero	1819					
Comandante de Escuadrón por Real orden de 1º de Febrero de 1828, y antigüedad de.....	4	Julio	1820	De Comandante.....	1	2	
Teniente Coronel por id. id.....	6	Julio	1821	De Teniente Coronel.....	1	1	14	
Coronel por id. id.....	20	Agosto	1822	} De Coronel.....	12	7	11	
Brigadier.....	7	Junio	1824					
Total hasta fin de Marzo de 1835.....				20				16

(1) A la fineza del Sr. D. Narciso Muñoz, de Venezuela, deudo del famoso caudillo, debemos el curioso documento que hoy publica la REVISTA, por intervención del Sr. D. Raimundo Cabrera. A entrambos damos las gracias.

BIBLIOTECA NACIONAL DE VENEZUELA

REGIMIENTOS DONDE HA SERVIDO Y CLASIFICACION DE SUS SERVICIOS CON ARREGLO Á LA REAL ORDEN DE
26 DE NOVIEMBRE DE 1814

	Años	Meses	Dias
En el de Infantería del Rey.....	3	9	1
En el de Lanceros del Rey.....	4	7	14
En el de Henares de Fernando VII.....	2	3	1
En el depósito de militares transeuntes de la Habana.....	2	3	1
En marcha para la Península.....	2	16
En Madrid sin destino á Cuerpo alguno.....	7	16
Calificado y con licencia ilimitada.....	3	27
Idem y en clase de excedente desde 1º de Julio de 1828.....	5	4	17
Destinado á la P. M. del Ejército de observaciones en 18 de Noviembre de 1833.....	1	26
Reemplazado en el Regimiento de Caballería de Castilla en 14 de Enero de 1834.....	1	2	17
Abono de Campaña que le corresponde por las de América, según Real orden de 30 de Abril de 3835.....	9	1	19
Idem extraordinario por viajes desde la Habana á la Península, vuelta á aquella Plaza y regreso á ésta, según el artículo 6º de la orden de San Hermenegildo.....	1	6
Total de servicios.....	31	5	5

Total de servicios.....

31 5 5

CAMPAÑAS Y ACCIONES DE GUERRA EN QUE SE HA HALLADO

1814.—En la de Costafirme se halló en las acciones siguientes: En la de Aragua el 17 de Agosto: en la de Maturin el 12 de Septiembre, y en la de Carís el 2 de Diciembre.

1815.—En las de Izapa y Coro el 27 de Febrero, y en la toma de la Ciudad de Güiría el 29 del mismo, en la entrada de la Provincia de Cartagena de Indias, pacificación de la misma y toma de la Plaza de este nombre su Capital el 6 de Diciembre, habiendo obtenido el Diploma para el uso de la Cruz de distinción concedida por tan importantes servicios.

1816.—En el sitio de la Piedra el 11 de Julio; en la del cerro de Ocumare: en el Río de los Aguacates el 13, en la de Chacao el mismo mes, en la que mandando 50 hombres batió 150 enemigos, tomándoles muchos efectos de guerra y un cañon de á dos.

1817.—Se halló en el Sitio de Arenales en el mes de Enero, donde con 50 hombres se batieron á 200 enemigos, y en la brillante acción del Corzo de los Agua-Cateis, por la que obtuvo el Diploma para el uso de la medalla de oro, coronada con el Busto de S. M. concedida por ella.

1818.—En la del Pueblo de Maracay el 14 de Marzo: en la entrada de la Villa de Cura la noche del 15, en las de las Puertas el 16, por las cuales obtuvo el empleo de Capitán, y en la de los Patos el 20 de Mayo.

1819.—En el paso del Apure y Arauca los días 3 y 4 de Febrero, habiéndose distinguido en este último, quedándose con su compañía al frente del Ejército enemigo ocultándole el movimiento del nuestro, por lo que obtuvo el grado de Teniente Coronel. En Cañafistola el 11 fué cargado por triples fuerzas enemigas, de que se defendió salvando su tropa; en el mismo día por la tarde en el Rincon de Cunabiche, donde habiendo sido cargado del mismo modo á bastante distancia del Ejército, contuvo é hizo huir á los enemigos, habiéndoles esperado pié á tierra para conseguirlo por lo escabroso del terreno. En la del Trapiche de la Gamarra el 27 de Marzo: en el Hato del Herradero el 2 de Abril, donde habiendo sido cargado por superiores fuerzas, se

vió tambien precisado á echar pié á tierra por la causa antedicha: asi mismo se halló en la de Carramacate de 3 de Mayo.

1820.—Con su regimiento hizo el servicio de su clase en la División de Vanguardia.

1821.—Situada dicha División en la Villa de Calabozo, al invadir los enemigos la Provincia de Carácas, su Capital y hasta el Pueblo de la Victoria, salió con la espresada División á su encuentro, mandada por el Comandante General D. Francisco Tomás Morales; la que batió y derrotó al enemigo en la ventajosa posición del Pié del Cerro de las Cocuisas, el 23 de Mayo; repitiendo esta misma operación al día siguiente al desalojarle de la inaccesible, fortificada y artillada que ocupaba á retaguardia en el sitio del Limon, y continuando su persecución hasta Carácas, por lo que volvió esta Capital y la plaza de Guaira y valles adyacentes, á la obediencia del Rey N. S. el 28 del mismo; en cuya jornada mandó la Columna de Cazadores que formó á Vanguardia habiendo obtenido el empleo de Teniente Coronel por el mérito que contrajo en ella. Asistió á la memorable Batalla de Carabobo el 14 de Junio, y retirada por las fatales consecuencias de esta acción á Puerto Cabello.

1822.—En esta Plaza sufrió el bloqueo y sitio que seguidamente le pusieron los enemigos hasta el 4 de Febrero que marchó con la expedición que se confió al espresado Sr. Morales para la Provincia de Coro, y despues de purgada ésta de enemigos avanzó á los Puertos de Altagracia, frente á Maracaibo, con el fin de atacar y reducir esta Plaza si se podía atravesar su laguna, pero habiendo opuesto el enemigo 26 cañoneras y Goletas de guerra, sufrió constantemente sus fuegos por espacio de 12 días, al fin de los cuales se abandonaron dichos puntos, á causa de haberse presentado en la Plaza tres Divisiones enemigas sobre las cuales se marchó y obtuvo la más completa y gloriosa victoria el 7 de Junio en los campos de Dabojuro, en la que mandó la Columna de Cazadores, habiendo obtenido por la misma la Cruz de 1ª clase de la Nacional y Militar orden de San Fernando. Pasó con la indicada División á reforzar á Puerto Cabello el 21 de Julio, encontrándose en la salida que hizo el mismo Sr. Morales, y en clase de General en Jefe con todas las tropas, sobre la serraña que divide aquella Plaza de la Ciudad de Valencia, asistiendo á la acción ocurrida á la bajada de dicha Sierra contra el

insurgente Páez el 11 de Agosto, y á las parciales de los días 12, 13, 14, 15, 16 y 17 del mismo, habiendo recibido en la última una fuerte contusión de bala de fusil en una pierna. Ha desempeñado las funciones de primer Ayudante del Excmo. Sr. Don Francisco Tomás Morales desde el 7 del expresado Agosto hasta primero de Septiembre: regresado el Ejército á Puerto Cabello se embarcó con él y su General en Jefe para la Provincia de Maracaibo, desembarcó en la Goajira, é hizo la memorable marcha hasta romper la línea fortificada de la guardia de Garaballo, batiendo á los que la defendían, á los cuales se les tomó 12 piezas de pequeño calibre. Se halló en la pequeña acción á las inmediaciones de la Villa de Suimamea en 3 de Septiembre: en la del paso de Sucuy el 4: se distinguió mandando la Columna de Vanguardia sosteniendo con ella dos obstinados ataques contra una División enemiga de doble fuerza, mientras pasaba el resto de nuestro Ejército, á la cual puso en desordenada fuga. En la general de Salina-rica el 6 de Septiembre contra fuerzas superiores: en la ocupación de Maracaibo el 8 del mismo habiendo sido encargado inmediatamente de la pacificación y obediencia del resto de la Provincia que verificó. En este mismo mes fué nombrado Gobernador de la Plaza de Maracaibo y Comandante General de su Provincia. Asistió á la memorable acción de los campos de Gabarulla el 13 de Noviembre, en la que mandó 80 hombres de caballería única fuerza de esta arma que tenía nuestro Ejército, con la cual tuvo la satisfacción de batir completamente á triplicadas fuerzas enemigas, en el choque particular entre los dos ejércitos al que se debió la decisión de la Batalla y aprehensión de un considerable número de prisioneros. Vuelto el Ejército á Maracaibo, continuó desempeñando el Gobierno y Comandancia General de la Provincia.

1823.—En primero de Febrero fué puesta á su cargo la Intendencia de Provincia y comisionado por orden del General en Jefe con 350 hombres para hacer la travesía de las montañas desiertas que separaban aquella Plaza de la Provincia de Río Acha: verificada la marcha el último día del mes por la noche llegó y sorprendió la primera fuerza enemiga que defendía una cortadura hecha en una terrible posición cerca del Pueblo del Molino, é hizo prisionero á todos sus defensores en los días 1, 2, 3, y 4 de Marzo sorprendiendo y poniendo á la obediencia del Rey los

pueblos del Molino, San Juan, Fonseca, Villanueva, Hurumita y el Tablao. Obligado por el Ejército enemigo á abandonar dichos pueblos se retiró y posesionó á la vista de ellos en el Cerro de Voladorato, donde permaneció hasta el 15 del mismo que tuvo orden del General en Jefe para restituirse á Maracaibo, y como efectivamente lo verificó. Incorporado en el Ejército se halló en el combate naval que tuvo nuestra escuadrilla en la laguna de Maracaibo, junto á Punta de Palma contra la enemiga el 20 de Mayo: en la recuperación de la referida Ciudad (que había sido evacuada tres días antes por su corta guarnición) el 19 de Junio á la cabeza de 12 hombres escogidos, entró en dicha Ciudad ocupada con 600 enemigos, á quienes sorprendió y puso en confusión, matándoles algunos soldados, y haciéndoles nueve prisioneros entre ellos un Oficial. En 30 de Julio se le confirió el mando de 2º Jefe del Ejército por orden del primero. Fué comprendido en la honrosa capitulación de Maracaibo el 4 de Agosto y de sus resultas trasladado á la Ciudad de Santiago de Cuba. En 6 del referido Agosto fué encargado por el General en Jefe del mando del Ejército, como también de hacer cumplir los pactos estipulados en dicha Capitulación y de conducir el resto del Ejército á Santiago de Cuba donde llegó el 28 del mismo. Posteriormente fué comisionado por el precitado General en Jefe, para conducir pliegos é imponer al Excmo. Sr. Capitán General de la Isla, de asuntos interesantes al Real Servicio, para lo cual emprendió la marcha por tierra el 8 de Septiembre, cuya comisión quedó evacuada en todas sus partes. En 11 de Noviembre salió de la Habana para la Península con pliegos de aquel Excmo. Sr. Capitán General: del Real Servicio.

1824.—En 30 de Enero se presentó en Madrid, y evacuada su comisión regresó á la Habana en virtud de Real orden de 27 Septiembre para incorporarse en el Ejército de que dependía—Letamend.

1825.—1º de Febrero tuvo ingreso en el Depósito de transeuntes militares de la Habana.

1826.—En el expresado Depósito hizo el servicio de su clase.

1827.—En 30 de Marzo se le libró pasaporte para trasladarse á continuar sus servicios en la Península, por no tener colocación en la Isla de Cuba, á cuyo fin se embarcó el 2 de Mayo y presentó en Madrid el 18 de Julio: En 14 de Agosto obtuvo Real

licencia por dos meses para permacer en la Corte. Ha sido calificado en la Provincia de Castilla la Nueva de la conducta militar y política observada en América conforme á la Real orden de 27 de Febrero de 1825, según certificación que ha presentado del Excmo. Sr. Capitán General de la misma su fecha 20 de Noviembre.

1828.—En 4 de Marzo obtuvo licencia ilimitada. Por Real cédula de 15 de Agosto obtiene la Cruz de 2ª clase de la Real y militar orden de San Fernando por el mérito que contrajo heroicamente desde Cañafistola á Cunabiche el 11 de Febrero de 1819 con la antigüedad de 14 de Septiembre de 1822 en que le fué expedida la primera Real cédula.—Nota.—Con arreglo al artículo 19 del Real Decreto de 3 de Junio de 1828 que trata de Oficiales escedentes, se le debe contar desde 1º de Julio siguiente su tiempo por mitad, para el abono de los años de servicio activo, y por entero para obtener el retiro que le corresponda mientras permanezca en clase de reformado.

1829 á 1832.—Escedente.

1833.—Por Real orden de 18 de Noviembre se dignó S. M. destinarlo á la P. M. del Ejército del Norte y á las inmediatas de su General en Jefe D. Gerónimo Valdés. Por certificación del mismo que ha presentado acredita el celo, actividad é inteligencia con que desempeñó las muchas comisiones, y algunas del mayor riesgo, como reconocimientos, observaciones, &c. que le confió siendo su primer Ayudante habiéndose distinguido el día 24 de Diciembre en Oñate á la cabeza de la Vanguardia, con la que batió y arrojó á los enemigos en fuerzas muy superiores, ejecutando lo mismo en Alsazua, Echarren é Irurzun.

1834.—Por Real despacho de 14 de Enero se le confirió el mando, en su clase de Coronel del Regimiento Caballería de Castilla primero Ligero, con el cual fué destinado al Ejército de observación de Portugal, y se incorporó en él en principios de Abril, continuando en el mismo con el primer Escuadrón de su Regimiento, hasta terminar la memorable Campaña que restableció en el Trono legítimo á la Reina Dª María de la Gloria, por cuyo mérito fué promovido á Brigadier de Caballería, pasando después al Ejército de operaciones del Norte, habiéndose comportado durante esta Campaña y según certificación que ha presentado del General en Jefe de dicho Ejército de Portugal,

con la mayor decisión, actividad, valor é inteligencia, brindándose siempre para todas las operaciones de mayor riesgo y complicadas.

1835.—Incorporado en el de operaciones del Norte, se le confirió el mando de División, y las más veces de la Caballería en total del Ejército, y asistió á la acción de las peñas de San Fausto, en donde con su serenidad y valor constantemente acreditado prestó los mayores servicios: En la de Orbizu el 17 de Enero; en la del 4 de Febrero y reconocimiento practicado en el mismo día en el Pueblo de Meudara, en la del 5 del mismo mes en el Puente de Arquijas, y en la del 7 con motivo del Comboy que se introdujo en el punto fortificado de Maestú el 18 de Marzo, y estando mandando con independencia del Ejército la División de la Rivera, dió con ella la acción de Sesma: el 28 del mismo y en auxilio del General Aldama se halló en la de Aronis: conduciéndose en todas ellas con el valor y conocimientos que le son naturales. En 31 de dicho mes de Marzo se dió de baja en este Regimiento Caballería de Castilla primero Ligero por habersele nombrado de Real orden para mandar División en el expresado Ejército.

COMO INSPECTOR GENERAL DE CABALLERIA

CERTIFICO: que la hoja de servicios que antecede es copia de la original que existe en la Secretaría de la Inspección General de mi cargo. Madrid veinte y tres de Agosto de mil ochocientos treinta y nueve.

Valentín Ferras.

Es copia exacta de la que tiene la firma anterior.

JAIMÉ SALICRUP Y LOPEZ.

CUADROS SINOPTICOS

EN QUE SE CONTIENEN TODAS LAS REGLAS DE LA «FONOLOGIA» Y DE LA «MORFOLOGIA» GRIEGA

PRIMER CURSO

“Las cosas entran mejor por los ojos de la cara, que por los oídos.” Instituta de Justiniano.

“Segnius irritant ánimos demissa per aúrem, quam quo sunt oculis subjecta fidelibus.” Horacio. Art. Poet.

GRAMÁTICA GRIEGA	Fonología	{ Estudia los sonidos como elementos constitutivos de la palabra	Fonética	{ Estudia las <i>modificaciones</i> regulares de los sonidos ó letras de una lengua.
	Morfología	{ Estudia la palabra en sus <i>formas y categorías</i>		
	Etimología	{ Estudia la palabra en su <i>origen y formación</i>		
	Sintáxis	{ Estudia la palabra como <i>elemento constitutivo</i> de la oración ó proposición gramatical		
	Prosodia	{ Enseña el <i>tono y cantidad</i> de las sílabas que imprimen el <i>canto y ritmo</i> de la palabra, y consiguientemente de la lengua		

Aa Bβ Γγ Δδ
Eε Ζζ Ηη Θθ
Ιι Κκ Λλ Μμ
Νν Ξξ Οο Ππ
Ρρ Σσ Ττ Υυ
Φφ Χχ Ψψ Ωω

24 letras que tiene el Alfabeto.....

y

38 son los elementos que constituyen la Lengua Griega.....

() ()
 () () ()
 () (-)
 () () ()
 ()
 ()
 ()
 (;)

14 signos Ortográficos.....

{ 24 letras el Alfa- beto Griego..... }	{ Según su naturaleza..... }	{ Cardinales ó esenciales..... Accidentales..... }	{ a e i u ε η ο ω }				
				{ 7 vocales..... }	{ Según su origen..... }	{ Gutural..... Paladial..... Labial..... Guttur-paladiales..... Guttur-labiales..... }	{ a ε υ ε η ο ω }
{ 17 consonantes.... }	{ Mudas .. }	{ Gutturales..... Labiales..... Dentales..... }	{ Suaves Fuertes Aspiradas }	{ γ β δ κ π τ χ φ θ }			
					{ Semivocales..... }	{ Líquidas..... }	{ λ μ ν ρ }

y

<p>14 Los Signos Ortográficos.....</p>	}	<p>5 signos que afectan á las vocales.....</p>	{	<p> Espíritu.....</p>	<p> { Suave.....</p>	<p> { ()</p>
				<p> Apóstrofo.....</p>	<p> { Aspero ó fuerte.....</p>	<p> { ()</p>
				<p> Coronis.....</p>	<p> {.....</p>	<p> { ()</p>
				<p> Trema.....</p>	<p> {.....</p>	<p> { ()</p>
				<p> {.....</p>	<p> {.....</p>	<p> {.....</p>
<p>5 signos que afectan á las sílabas.....</p>	}	<p>5 signos que afectan el enlace de las palabras, llamados signos de puntuación.....</p>	{	<p> Acento métrico.....</p>	<p> { Línea alta.....</p>	<p> { ()</p>
				<p> {.....</p>	<p> { Línea corta.....</p>	<p> { (-)</p>
				<p> Acento tónico.....</p>	<p> { Agudo.....</p>	<p> { ()</p>
				<p> {.....</p>	<p> { Grave.....</p>	<p> { ()</p>
				<p> {.....</p>	<p> { Circunflejo.....</p>	<p> { ()</p>
<p>4 signos que afectan el enlace de las palabras, llamados signos de puntuación.....</p>	}	<p>4 signos que afectan el enlace de las palabras, llamados signos de puntuación.....</p>	{	<p> Coma.....</p>	<p> {.....</p>	<p> { ()</p>
				<p> Colón, miembro, punto alto.....</p>	<p> {.....</p>	<p> { ()</p>
				<p> Punto bajo, ó final.....</p>	<p> {.....</p>	<p> { ()</p>
				<p> Interrogación.....</p>	<p> {.....</p>	<p> { ()</p>
				<p> {.....</p>	<p> {.....</p>	<p> {.....</p>

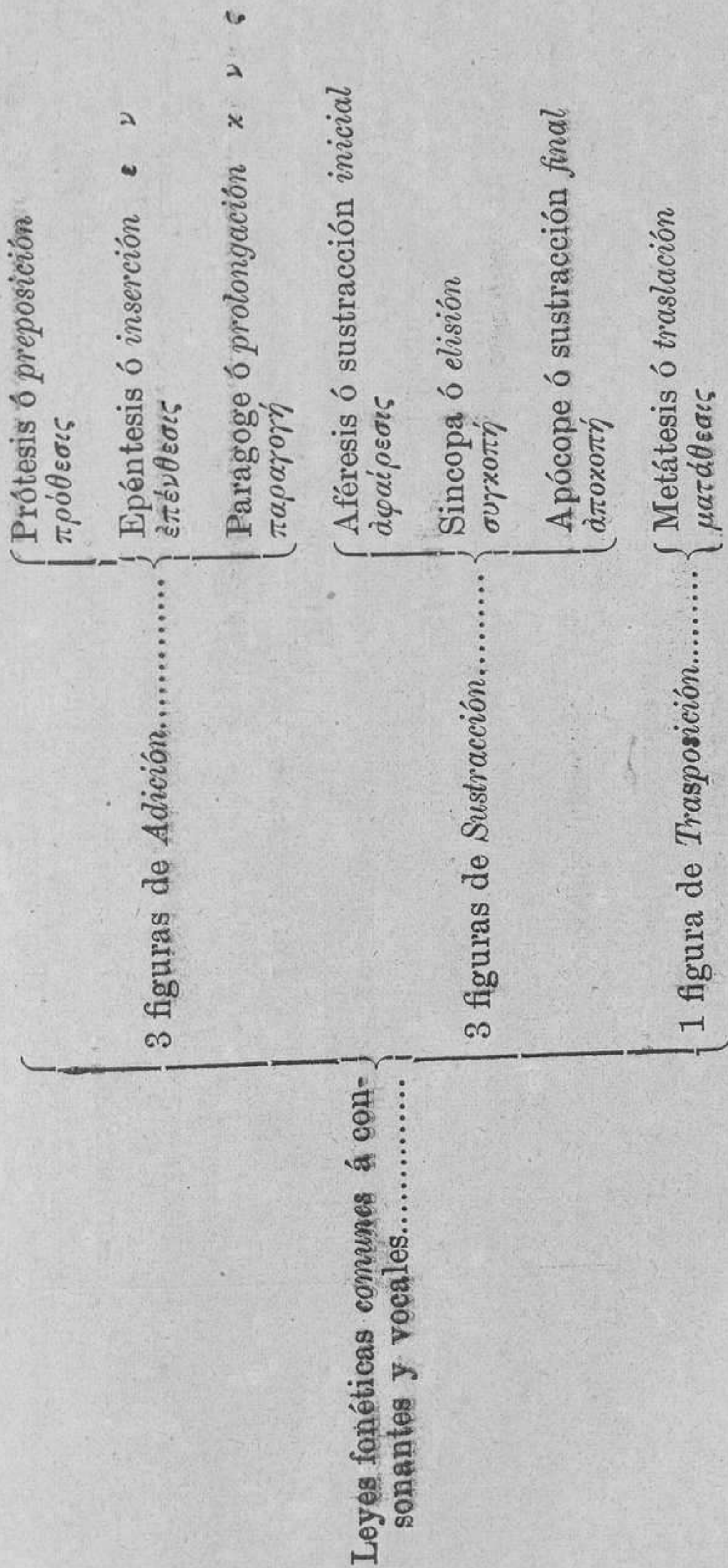
{ Leyes fonéticas comunes á consonantes y vocales.

{ Leyes fonéticas relativas á las vocales.

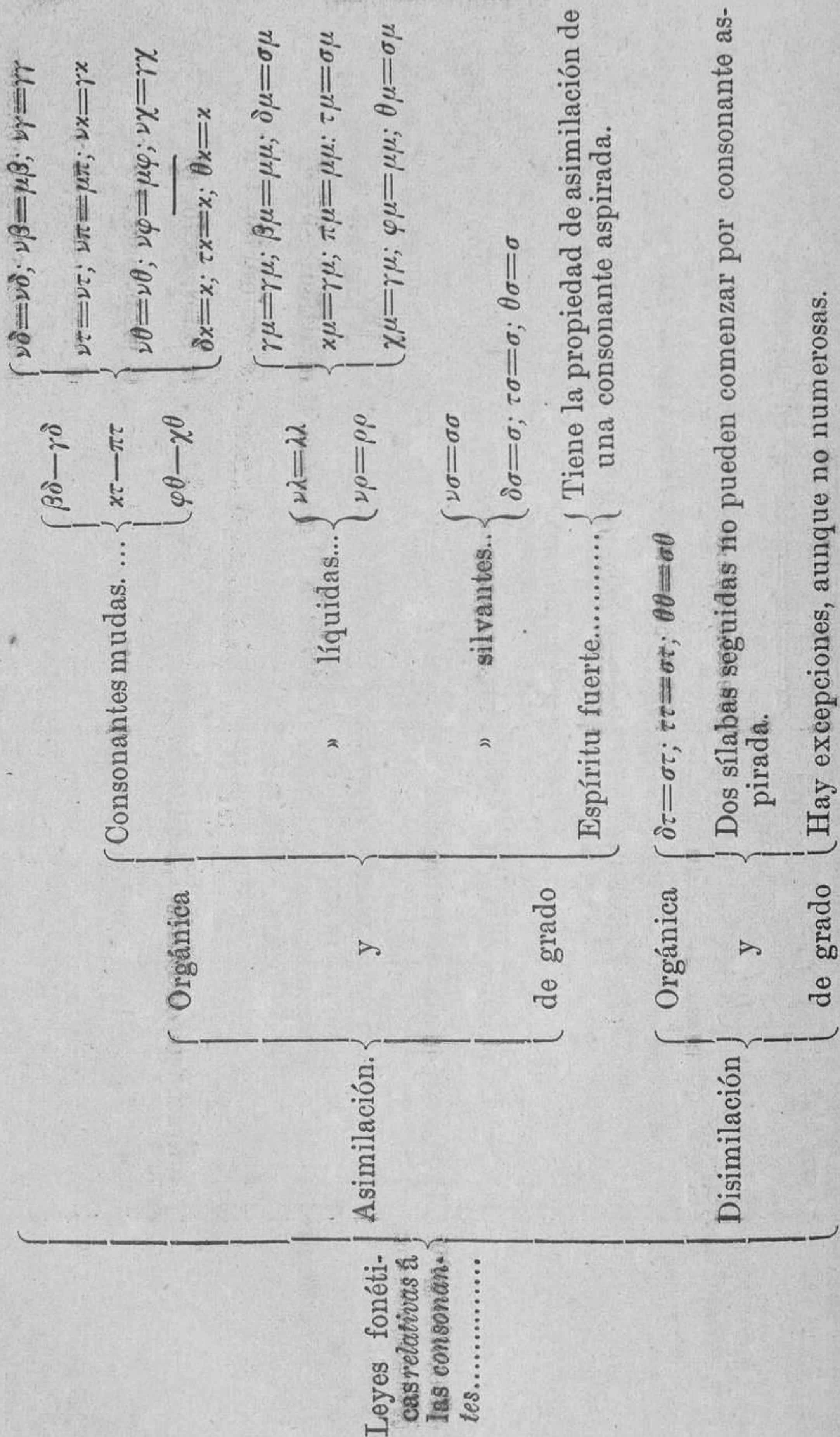
{ Leyes fonéticas relativas á las consonantes.

{ Leyes fonéticas relativas á las semivocales primitivas.

Partes que tiene la Fonética Griega...



Leyes fonéticas relativas á las vocales.....	Atenuación	{ Vocales abiertas.....	<i>a a</i>	
		{ Vocales intermedias.....	<i>ε η ο ω</i>	
		{ Vocales cerradas.....	<i>ι υ</i>	
	Prolongación ...	{ Por Adición.....	{ Diptongos. ...	{ Impropios. ... <i>α η φ υι</i>
			{ Propios.....	<i>αι ει οι υι</i> <i>αυ αυ ευ ηυ ου ωυ</i>
		{ Por Derivación....	{ Directas.....	<i>α, ε ι ο υ</i>
			{ Opuestas.....	<i>η ε ω υ</i>
	Contracción.....	{ Por simple unión.....	<i>οϊ=οι; εϊ=ει</i>	
		{ Por unión y atenuación.....	<i>εε=εε; οο=οο</i>	
		{ Por absorción.....	<i>εα=η; οα=ω; αα=α</i>	



{ La *N*..... } En el principio de la Lengua estas cuatro semivoca-
 { La Σ } les estuvieron sujetas á muchos cambios y modi-
 { El *F*..... } ficaciones, de las cuales dos sobrevivieron conser-
 { La *I* sibilante..... } vando su propio carácter que fueron la *N* y la Σ

Leyes fonéticas *relativas* á las semivocales primitivas.

- 1^a La palabra consta de tantas sílabas como vocales simples ó diptongos contiene.
- 2^a Las consonantes que se hallan entre vocales corresponden á la segunda, considerándose como iniciales de la sílaba siguiente.
- 3^a En las palabras compuestas, las sílabas se leen según sus componentes.
- 4^a Las palabras unidas por Crásis ó Apóstrofo, se consideran como si fueran simples.
- Excepciones {
- 1^a En consonantes duplicadas
 - 2^a En combinación de fuerte y aspirada respectiva
 - 3^a En concurso de líquida y muda.

Leyes fonéticas sobre la sílaba griega.....

Excepción { Cuando una es líquida, en cuyo caso se cuenta la γ ante gutural ($\gamma\varphi; \gamma\chi; \gamma\theta$), pueden reunirse hasta cuatro consonantes $\theta\epsilon\lambda\chi\tau\rho\text{-}\sigma\nu\text{-}$

1ª En las palabras griegas no puede haber más de dos consonantes seguidas.....

2ª Toda palabra ha de terminar en vocal, ó en las semivocales $\nu\text{-}\rho\text{-}\sigma\text{-}$ ($\xi\text{-}\psi$)

3ª Cualquiera otra consonante que por flexión ó derivación, se halle en final de palabra, ha de *desaparecer* del punto que ocupa.....

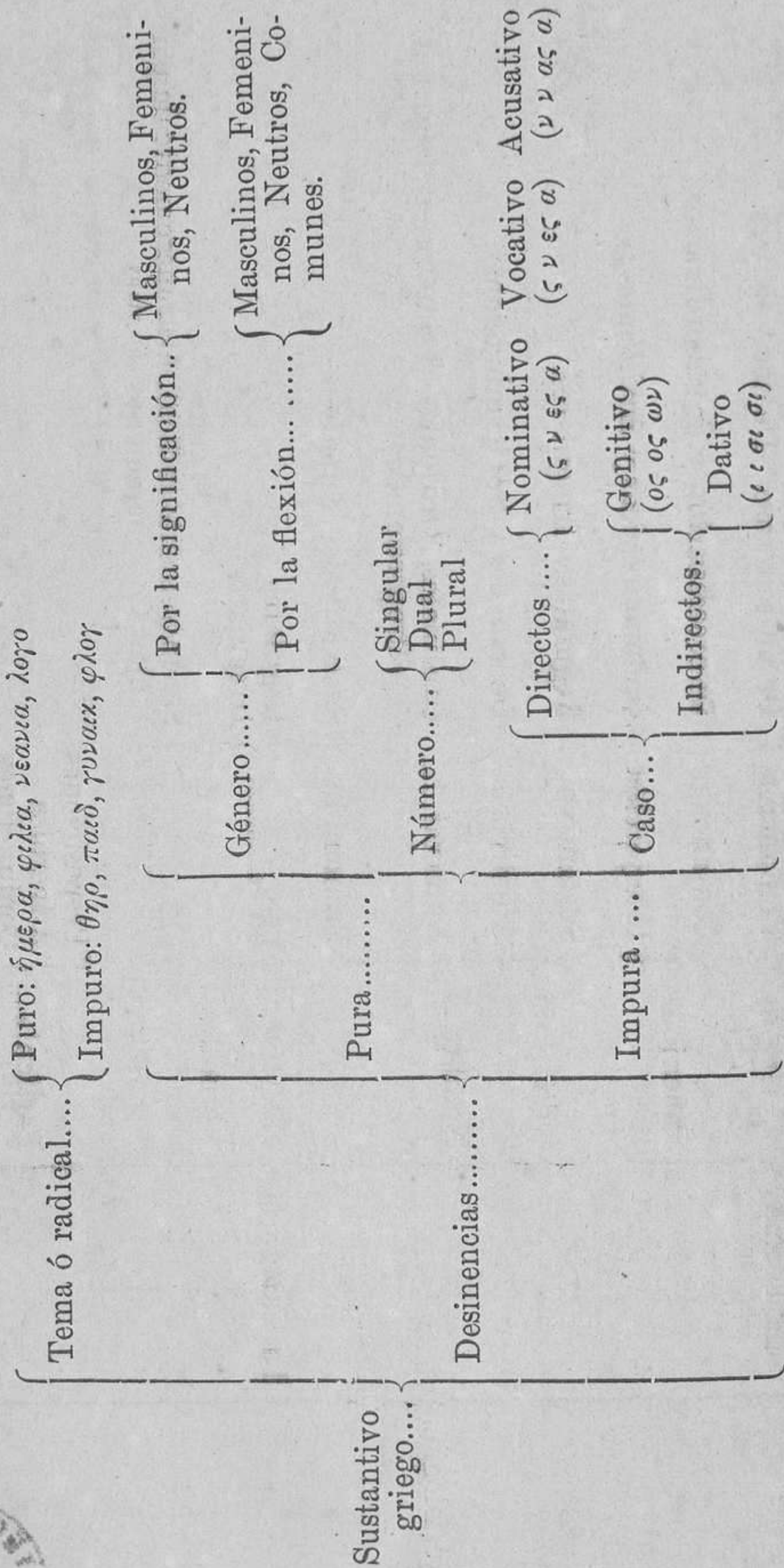
Por supresión $\sigma\omega\mu\alpha\tau = \sigma\tilde{\omega}\mu\alpha$
 Por substitución $\epsilon\tau\iota\sigma\mu = \epsilon\tau\iota\sigma\upsilon$
 Por prolongación $\tau\iota\sigma\mu = \tau\iota\sigma\iota\mu\iota$

4ª Las palabras terminadas en ς precedida de otra consonante pierden una de ellas, según sea su combinación { $\nu\varsigma = \nu$; $\rho\varsigma = \rho$; $\sigma\varsigma = \varsigma$
 $\nu\tau\varsigma = \nu$; $\delta\varsigma = \varsigma$; $\tau\varsigma = \varsigma$

Leyes fonéticas sobre la Palabra griega.....

Morfología..	La Forma	Flexibles...	{ Nombre Adverbio.... Verbo	{ Locativos, Temporales, Cualitativos, Cuantitativos, Interrogativos, Afirmativos, Negativos, Dubitativos.			
					é	{ Preposición.. Conjunción..	{ De un solo caso. De dos y de tres. De coordinación y de subordinación.
	y	{ Sustantivo... Adjetivo..... Numeral.....	{ Regulares. Irregulares. De una, dos y tres terminaciones. Cardinales, Ordinales, Temporales, Distributivos y Proporcionales.				
				Nombre.....	{ Pronombre..	{ Sustantivos y Adjetivos.	
							Verbo.....
	La Categoría.	{ Partícula...	{ Preposiciones Adverbios Conjunciones Interjecciones				





(Continuará.)

JUAN M. DIHIGO.



SOBRE UN LIBRO DE BOTÁNICA

(FINALIZA.)

IV

Procurando abreviar nuestra labor, no hemos comentado todas las particularidades de las NOCIONES DE BOTÁNICA SISTEMÁTICA; sino que ejemplificamos las suficientes para poder formar dictamen. Éste, por cierto, es diametralmente opuesto al que emite el doctor Vilaró en su preámbulo.

El señor G.-Maza ha dicho * que en las obras corrientes privan rutinariamente muchos errores, y, con todo, no titubea en proporcionar á los estudiantes de la Universidad de la Habana una obra de noventa y cuatro páginas! que es una balumba de traducciones imperfectas y desarregladamente cercenadas (traducciones, á menudo, de relativas antiguallas), incontables contradicciones, redundantes repeticiones, plagios, absolutas hondamente irrazonables, é inexactas ortografías.

Si con notoria sinrazón se presupone que los fitólogos—*némine discrepante*—aceptan lo que acordaron los consabidos nomencladores congresistas; si á renglón seguido se incluye una traslación del articulado de las leyes (traslación literal—á extre-

* Proemio escrito por él para los ELEMENTOS DE BOTÁNICA del prologuista de las NOCIONES.

mo de elegir planchas para españolizar *planches*—é inferior á la versión hecha por el alumno señor Velazco y Llorente); y si se termina prohibiendo una sarta de nombres divorciados de los preceptos legales: ¿cómo serán justipreciadas esas leyes por los escolares que forzosamente tengan que estudiar en las NOCIONES?

El aprendedor de Zoología general y de Mineralogía y Botánica se vé compelido á invertir, sobre poco más ó menos, **una onza de oro** en la compra de textos—las NOCIONES inclusives—señalados por el Catedrático de ambas asignaturas, y ninguno de los textos le sirve para adquirir los conocimientos que demanda la lección que seguidamente interponemos:

«CLASIFICACION: utilidad. necesidad. Importancia. Clasificación empírica. C. metódica. Sistema. S. sexual de Lineo. Método. M. natural. M. artificial. Ejemplos. Clasificación adoptada.» *

Y es que la *Taxinomía* de las NOCIONES, en su casi totalidad, se limita á un índice de nombres transferidos de la primera edición del TRAITÉ de Van Tieghem; algunos de los cuales nombres pregonan una transferencia desacertada. El trasladador cubano hizo imprimirlo, sin curarse de que el supereminente tratadista había publicado una nueva edición del TRAITÉ y dos ediciones de los ÉLÉMENTS; y sin curarse de que por prescindir Van Tieghem de la tal legislación, los dos capítulos nocionales tenían que ser contradictorios.

El Dr. G.-Maza tan poco escrupuliza en acatar lo legislado, que llega hasta el punto de sustituir sufijos franceses obedientes á las leyes, con sufijos castellanos desobedientes.

Por de contado, es baldío el aseguramiento del doctor Vilaró de que en las NOCIONES se expone la clasificación de Van Tieghem, «si bien un tanto modificada en muchos grupos, siguiendo á otros autores de nota, tales como Bentham y Hooker.»

Salta á la vista la discordancia de la *Taxinomía* y de la *Fitografía* del Dr. G.-Maza. Habiéndose admitido en aquélla ciertas familias, ¿es cuerdo anularlas en ésta? Prevalciendo en aquélla la división que Van Tieghem realizó en 1884, ¿cabe—porque así plugo al nocionista censurado—variar de rumbo en ésta.

* PROGRAMA PARA EL CURSO DE BOTÁNICA Y MINERALOGÍA QUE EXPLICA EL DR. JUAN VILARÓ, 1893-1894, pág. 21, lección trigésimatercera.

y hacer buena á medias la que el Profesor del *Muséum d'Histoire Naturelle* llevó á término en 1888? Para colmo de voltariedad, se envían á sinonimia—en el capítulo tercero—desinencias valederas según el índice taxinómico.

Prosiguen en dicha *Fitografía* las ilegalidades glosológicas: unas veces se traducen nombres ilegales de subfamilias y tribus, sin mayor variante que la que depende de su castellanización; otras se trasladan adecuadas denominaciones de tribus, alterándolas ilegalmente con adición del prefijo *eu*; ora no se respetan contadas terminaciones que manda observar el artículo sexto, sin tener en consideración que si se restituye la forma greguisea en unos vocablos, débese restituir en los demás, y sin reflexionar que no es lógico huir de latinizaciones autorizadas, al mantenerse híbridos reparables; ora se repulsan rectificaciones que aprueba el artículo sesenta y seis; ora no se aplica el artículo referente á la enunciación de las secciones; ya estílanse epítetos específicos que—con violación increíble de un axioma sintáctico—son desacordes * respecto de los nombres genéricos, ó que están constituidos por dos palabras, ó que desdicen de la ortografía primitiva; ya se juntan (con traspasamiento del artículo cincuenta y dos) á las combinaciones nominales específicas los apellidos íntegros de sus publicadores, ó se aprovechan fusiones de géneros para simular que el Dr. G.-Maza es autor de originales reformaciones; ya se transgreden, por fin, las reglas que hacen relación á las variedades.

Acrece la desigualdad de contextura de las NOCIONES en esta parte fitográfica. Ni por asomo hay definido criterio en la caracterización de los grupos de plantas. Falta fijeza en el escogimiento de las familias y de sus grupos subordinados, dándose la raridad de acudir un botánico á extraña ciencia en busca de tribus. Pululan las mutilaciones, especialmente en la Criptogamia. Á granel se reduplican las mismas características. Acá se expresan en español frases, párrafos y sinopsis de Van Tieghem, sin que

* Puede que el lector atribuya á errata la desatinada reunión de un sustantivo terminado en *us* con un adjetivo en *um*. Compétenos noticiar que en el REPERTORIO-MÉDICO FARMACÉUTICO habanero también se ha intercalado más de una vez esa combinación, haciendo el propio Dr. G.-Maza—en el número correspondiente al mes de Abril de 1893—la siguiente salvedad: «léase: VIII. *Dædalacanthus nervosum*, G.-M.»

jamás se exponga la razón de tomarse unas sinopsis del TRAITÉ (1884) y otras de los ÉLÉMENTS (1888); allá es Baillon el traducido á la letra; acullá Bassagaña *, Bentham y Hooker, Duchartre y algún otro constituyen las fuentes de donde vienen palabras, períodos y tablas. Aquí se distrae al discípulo, haciéndole amontonar géneros en tribus baillonianas; tribus al parecer ociosas, dado que de seguida se reúnen los susodichos géneros en grupos traídos de un GENERA PLANTARUM coñocidísimo, aun cuando el Dr. G.-Maza diga que son tomados de una obra inédita suya; allí se asocia el apellido del compositor de las NOCIONES á nombres ó combinaciones de nombres ajenos. Como probanza de inconcebible desconcierto, un mismo género adquiere caracteres contrarios al ser repetido en subsecuente página. Se condena la desinencia *ium*—dimanante de la inflexión *ου*—en un diminutivo y se admite en múltiples, no parándose mientes en denominaciones dignas de meditación bajo el aspecto de su etimología.

El Dr. G.-Maza concede honores de erudito botánico á Bassagaña, y reconoce particular excelencia en locuciones como la que subsigue: «Los esporos se hallan desnudos ó metidos en sacos membranosos ó *tecas* (*asci*)»; el venerable doctrinador de Farmacia práctica, empero, escribió *aquenio*, *albúmen*, etc., y entonces su decantada erudición no fué atendida. Siendo peculiar de las NOCIONES el empleo de tecnicismo altisonante y raro, quizá se habría pretendido divulgar la dicción *saquetes*, en reemplazo de *sacos*, si se hubiera recapacitado acerca del origen de la voz *peritecio* [*θηρίον, ου (τὸ)*], es el diminutivo de *θήρη; ἀσχιον, ου (τὸ)*, y *ἀσχίδιον, ου (τὸ)*, lo son de *ἀσχος*]; bien que en ese libro no se etimologiza, á excepción de un caso: el de *Coniomicetos*, cuyas voces originarias—impresas con tipos greciscos equivocados—tienen el privilegio de ocupar un sitio en la *Fitografía*.

No se libran los ELEMENTOS del doctor Vilaró de ser contradichos por las NOCIONES. En efecto, se preguntará el aprendiente: ¿Qué motivos hay para que un aserto nocional eche por tierra una aseveración elemental, alusiva á la reproducción de «los hongos *Discomicetos* [subrayamos nosotros]—orden de los *Ascomicetos*»; es decir, alusiva á la reproducción de los hongos; *Dis-*

* Los caracteres de las *Umbelíferas* y *Cáceas*, por ejemplo, son copiados de la FLORA MÉDICO-FARMACÉUTICA ABREVIADA. Tablas de tribus nocionales proceden igualmente de esta obra.

cohongos, orden de los *Ascohongos* ó *Sacohongos*? ¿Por cuál causa son disímiles los verticilos florales que del género *Eriocaulon* presentan los dos textos? ¿En la ocasión en que se copien diecisiete especies congéneres, es más justo imitar al Dr. G.-Maza, que suplir—con Kützing, Montagne, Baker, Grisebach, Nees, Vilaró, etcétera—los nombres genéricos por sus siglas?

En resumen, el libro analizado no encierra ni rudimentos de las verdaderas *Fitoglosología*, *Fitotaxinomía* y *Fitografía*, y debe proscribirse por completo como pernicioso para la enseñanza.

DR. ALFREDO A. BOSQUE



LA RELIQUIA.

(CONTINUA)

¿Por qué tenía el privilegio de ocupar el sofá al lado de tití, rozando su manteo burdo con las castas sedas de mi tía?

Pero el doctor Margaride, abriendo la caja de rapé, concordó que el método sería lo mejor...

—Aquí nos sentamos todos en torno de nuestro Theodorico, que irá contando por orden todas las maravillas que ha visto!

El diligente Negron, con escandalosa familiaridad, corrió á lo interior de la casa y trajo una copa de agua azucarada para que yo me refrescase la garganta. Extendí el pañuelo sobre la pierna. Tosí y empecé á esbozar la soberbia jornada. Hablé del lujo del *Málaga*; de Gibraltar y su morro cubierto de nubes; de la abundancia de las mesas redondas con pudines y aguas gaseosas.

—Todo en grande, á la francesa, suspiró el Padre Piñeyro con brillo de gula en sus ojos apagados. Pero, naturalmente, todo indigesto...

—Sí, Padre Piñeyro, todo en grande, todo á la francesa, pero cosas sanas, que no dañaban los intestinos. Excelente *Ros beef*, magnífico carnero...

—Que no valen, seguramente, el sabroso gigote de V., excellentísima señora, añadió untuosamente el Negron, junto al hombro anguloso de tití.

Excecré á aquel Padre. Y revolviendo el agua azucarada, resolví en mi interior que, apenas empezase yo á gobernar con puño de hierro en Santa Ana, el gigote de mi familia no volvería á pasar por el gáznate de aquel adulador siervo de Dios.

El bueno de Justino, mientras tanto, no dejaba de mirarme y de sonreír embebido. ¿Como pasaba yo las noches en Alejandría? ¿Había alguna asamblea para esparcimiento del ánimo? ¿Conocía yo alguna familia de gerarquía con la que tomaba el té?

—Cono cí algunas, Justino... Pero á decir verdad, sentía repugnancia en frecuentar casas de turcos: siempre es gente que á todo saca á su Mahoma!... ¿Sabe lo que hacía de noche? Después de comer iba á una iglesia de nuestra religión, donde había siempre un Santísimo de manifiesto. Cumplía mis devociones: iba luego á reunirme con mi amigo el alemán, el profesor, en una hermosa plaza que dicen la de Alejandría que es mucho mejor que el Rocío... Mayor y más basta tal vez lo sea. Pero no tiene esta belleza del Rocío, ni el pavimento, ni los arboles, ni la estatua, ni el teatro... En fin, para mi regalo y para mi paseo de verano, yo prefiero el Rocío... Pero vaya V. á decírselo á los turcos!

—Y esté satisfecho de haber realizado así las cosas portuguesas, observó Margaride, contento y aspirando rapé. Diré más. Es un acto de patriota... No procedían de otra manera los Gamas y los Albuquerque!

—Iba á encontrarme con el alemán, según decía, y entonces, para distraernos, porque eso es indispensable cuando se viaja, íbamos juntos á tomar café... El café que hacen los turcos es cosa sin igual!

—Buen café, eh? repuso el Padre Piñeyro, acercando á la mía su silla con vivó interés. ¿Y fuerte, fuerte? Buen aroma?

—Si, Padre Piñeiro, consolador! Después de tomar el café volvíamos al hotel, y en nuestro cuarto, con los Santos Evangelios, nos poníamos á estudiar todos aquellos divinos lugares de Judea, adonde iríamos luego á rezar..... Y como el alemán era profesor y lo sabía todo, yo ponía todo mi empeño en instruirme. Muchas él llegó á decirme: «Vm., Raposo, con estas veladas, saldrá de aquí completo»..... Y lo que es de Cristo y de las cosas santas, lo sé todo. Así estábamos hasta las diez y las once de la noche. Después el té, el rosario, y á la cama.

—Si, señor, noches muy bien gozadas, noches muy fructuosas, exclamó el doctor Margaride, sonriendo á tití.

—Ay! eso le ha hecho más virtuoso! suspiró la horrenda señora..... Ha sido como si hubiese estado un rato en el cielo. Hasta lo que dice huele bien..... Huele á santo.

Con gran modestia bajé lentamente los párpados. Pero Negrón, con sinuosa perfidia, observó que sería más provechoso y de mayor unción para las almas, escuchar cuentos de fiestas, de milagros, de penitencias.....

—Estoy siguiendo mi itinerario, señor padre Negrón, le repliqué ásperamente.

—Como hizo Chateaubriand, como han hecho todos los autores famosos! repuso Margaride, aprobando mi réplica.

Y con los ojos fijos en él, como en el más docto, referí mi partida de Alejandría una tarde tempestuosa: lo tocante al momento en que una santa hermana de la Caridad (que había estado en Lisboa y oído hablar de la virtud de tití) me salvó de caer en las aguas un envoltorio en que yo llevaba tierra de Egipto, de la que pisara la Santa Familia; nuestra llegada á Jaffa, que, por un prodigio, apenas yo subí á la toldilla con sombrero de copa y pensando en tití, se coronó de rayos de sol.

—Magnífico! exclamó el doctor Margaride. Y dígame, Teodorico... ¿No llevaban ustedes un sabio guía, que les fuese explicando las ruinas y haciéndoles comentario...

—Como nó, doctor Margaride! Llevabamos un gran latinista, el Padre Potte.

Me humedecí los labios. Y conté las emociones de la gloriosa noche en que acampamos junto al Ramleh, con la luna en el cielo alumbrando cosas de religión, los beduinos en torno, velando lanza al hombro; y más lejos los leones rugiendo...

—Que escena! exclamó el doctor Margaride, irgiéndose arrebatadamente. ¡Que enorme escena! Parece unas de esas cosas grandiosas de la Biblia, del *Eurico*! Digna de inspirarse en ella! Por mi lo digó, si yo viese tal escena, no podría contenerme! No me contenía, hacía una oda sublime!

El Negrón tirón del faldón de la levita al fecundo magistrado:

—Es mejor dejar hablar á nuestro Teodorico para que todos podamos saborear...

Margaride, contrariado, frunció las cejas temerosas y más negras que el ébano:

—Ninguno en esta sala, señor Padre Negrón, saborea mejor que yo lo grandioso!

Y tití, insaciable, moviendo el abanico:

—Basta, basta..... Cuenta, hijo, cuenta, no te hartes. Oye, cuenta también alguna que te haya sucedido con Nuestro Señor y que nos conmueva tiernamente.....

Todos, reverentes, enmudecieron. Entonces narré la marcha á Jerusalem con dos estrellas á nuestro frente que nos indicaban el camino, como sucede siempre á los peregrinos más finos y de buena familia: las lágrimas que derramé, al divisar una mañana de lluvia, las murallas de Jerusalem; y en mi visita al Santo Sepulcro, con el padre Potte, las palabras que pronuncié delante del Túmulo, entre sollozos y rodeado de acólitos.—«Oh Jesus mio, oh Señor, aquí estoy, aquí vengo de parte de mi tia!».....

Y la horrible señora, sofocada:

—Qué ternura! Delante del túmulo!

Entonces me enjugué la frente, y proseguí:

Esa noche me retiré al hotel para rezar. Y aquí, señores, viene un suceso desagradable.....

Y contritamente confesé que forzado por la Religión, por el nombre honrado de Raposo y por la dignidad de Portugal—había tenido un conflicto en el hotel con un inglés barbudo.

—Un escándalo! interrumpió el vil Negrón con perversidad, ansioso de empañar el brillo de santidad con que yo deslumbraba á tití. Un escándalo en la ciudad de Jesucristo! Vaya! ¡Qué desacato!

Apretados los dientes increpé al torpe sacerdote:

—Si, señor, una riña! Pero figúrese Vm. que cuando el señor Patriarca de Jerusalem supo lo ocurrido me dió la razón, y aun me dió de palmadas en el hombro, diciéndome: «Mis parabienes, Theodorico, Vm. se ha conducido como un Fierabrás. ¿Qué tiene ahora Vm. que replicar?»

El Negrón inclinó la cabeza, en que la corona tenía una lividez azulada de luna en tiempo de epidemia:

—Si Su Eminencia aprobó.....

—Si, señor! Y ahora verá tití la causa del escándalo!..... En el cuarto vecino al mio habitaba una inglesa, una herege, que apenas empezaba yo á rezar se ponía á tocar el piano, y á cantar tonterías y cosas inmorales del *Barba Azul* de los teatros...

Imagine tití á una persona que de rodillas y con todo fervor esté diciendo: «Oh Santa María del Patrocinio, haz que mi buena tia goce muchos años de vida,»—y que venga del otro lado del tabique una voz de excomulgada gruñendo: *Soy el Barba Azul, olé!*..... Es para irritar á cualquiera!..... Así fué que una noche, no pudiendo contenerme, salí al corredor, di un puñetazo en su puerta, gritándole: «Haga el favor de estar callada que aquí hay un cristiano que quiere hacer sus oraciones!»

—Y con sobrado derecho, añadió el doctor Margaride. La ley le favorecía. Eso mismo me dijo luego el Patriarca! Pues señores, como iba diciendo, grito á la mujer, como dejó dicho, y ya me volvía á mi cuarto, cuando apareció su padre, un hombre grande, barbudo, con el candelero en la mano.... Yo estuve muy prudente: crucé los brazos y, con buenos modos, le dije que no quería armar escándalo al pié del túmulo de Nuestro Señor, que lo que yo deseaba era rezar en sosiego..... ¿Y qué creen Vms. que me respondió? —Qué..... En fin, que no puedo repetirlo! Una cosa indecente contra el sepulcro de Nuestro Señor..... A mí, tití, me pasó una cosa por la cabeza... .. lo agarro por el cogote.....

—Lo sacudiste, hijo?

—Lo dejé molido, tití!

Todos aclamaron mi ferocidad. El Padre Piñeyro citó las autoridades canónicas que autorizan á la Fé para infligir castigos á la Impiedad. Justino ensalzó socarronamente á aquel John Bull descalabrado por la sólida fibra lusitana. Y yo, excitado por los elogios como por clarines de guerra, exclamaba, de pié, con aire truculento:

—No, impiedades delante de mí, no! Todo lo derribo, todo lo arrostro. En cosas de religión soy una fiera!

Y aproveché esta santa cólera para crispar, como un aviso; delante de las secas quijadas de Negron, mi puño peludo y pavoroso. El macilento y escuálido siervo de Dios se agazapó. Pero en aquel momento entraba Vicenta trayendo el té en la preciosa taza de plata de G. Godinho.

Entonces los amados amigos, con los bizcochos en las manos, estallaron en calurosos encomios:

—¡Qué viaje tan instructivo! Me parece que he asistido á un curso!

—¡Qué buena noche hemos pasado! Como si estuviéramos en San Carlos! Esto sí es gozar!

—Y cómo narra! Qué fervor! Qué memoria!

Poco á poco el bueno de Justino, con su bandeja llena de bollos, se acercó á la ventana como para echar una ojeada al cielo estrellado, y por entre las franjas de las cortinas sus ojillos lucientes y de goloso me hacían guiños. Fuí hacia él mascullando el *Bendito*, ambos nos ocultamos en la sombra de los damascos, y el virtuoso cartulario, rozando su labio con mis barbas:

—Amigo, ¿y qué tal las hembras de por acá?

—Capaces de dejarlo á uno sin tuétanos, Justino!

Las pupilas del notario chispearon como las de un gato en noche de Enero; la taza no podía tenerse en su mano trémula.

Y yo, pensativo, volviendo á la sala llena de luz:

—Sí, espléndida noche. Mas no son estas aquellas santísimas estrellitas que veíamos desde el Jordán!.....

Entonces el Padre Piñeyro, tomando á sorbos cautelosos el té, vino á tocarme tímidamente en el hombro. Me había acordado yo, en aquellas sagradas tierras, entre tantas distracciones, de su frasco de agua del Jordán?

—Oh Padre Piñeyro! Cómo nó? Traigo todo! Para Justino un ramo del Monte de los Olivos La fotografía para el doctor Margaride..... Todo! Corrí al cuarto en busca de aquellos dulces recuerdos de la Palestina. Y al volver, sujetando por las puntas un pañuelo repleto de devotas preciosidades, oí pronunciar mi nombre por detrás de un armario..... Gozo inefable! Era el inestimable doctor Margaride que decía á tití con su incontrastable autoridad:

—Doña Patrocinio, no quise decírselo delante de él..... Ahora esto es más que tener un sobrino y un caballero! Esto es tener en casa nada menos que un íntimo amigo de Nuestro Señor Jesucristo!.....

Tosí y entré. Pero la señora doña Patrocinio rumiaba un escrúpulo de orgullo devoto. No le parecía delicado para con Nuestro Señor (ni para ella) que se repartiesen las Reliquias mínimas antes de que yo le entregase á ella, como señora y como tía, en la capilla, la Gran Reliquia.....

—Porque han de saber mis amigos, dijo con su castísimo pecho hinchado de satisfacción, que mi Theodorico me ha traído

una Santa Reliquia, con que yo voy á consolar mis aflicciones y á curarme de mis males!

—Bravísimo! gritó el doctor Margaride. ¿Conque Theodorico siguió mi consejo? ¿Ha escarbado en aquellos sepulcros? Bravísimo!

Eso es de romero generoso!

—Y de sobrino como ya no se estilan en nuestro Portugal! añadió el Padre Piñeyro, cerca del espejo en que había estado contemplando su lengua saburrosa.

—Y de hijo, y de hijo! exclamaba Justino empinándose en la punta de las botas.

Entonces el Negrón, mostrando sus dientes de animal famélico, babeó esta viveza:

—Falta saber, caballeros, de qué Reliquia se trata.

Tuve sed, sed ardentísima de la sangre de aquel hombre. Lo traspasé con dos miradas más agudas y encarnizadas que dos agujas candentes:

—Tal vez Vm. si es un verdadero sacerdote, se tire de bruces para rezar cuando vea aparecer esa maravilla!.....

Y me volví para la señora doña Patrocinio con la impaciencia de una pobre alma ofendida que pide satisfacción:

—Ya, tití! Vamos al oratorio! Quiero que todos queden asombrados! Es lo que decía mi amigo el alemán: «Esa Reliquia, al destaparse, basta para dejar atontada una familia entera!»

Tití se irguió con las manos sobre el pecho. Yo corrí á proveerme de un martillo. Cuando volví, el doctor Margaride, con mucha gravedad, se calzaba sus guantes negros. Y en pos de doña Patrocinio, cuyo traje de seda hacía sobre la alfombra el fru-fru del manto de un prelado, penetramos en el corredor en que el mechero de gas, silbaba dentro del cristal opaco. En el fondo, rosario en mano, esperaban Vicenta y la cocinera.

El Oratorio resplandecía. Las viejas bandejas de plata, iluminadas por las llamas de las velas de cera, daban al fondo del altar un pálido brillo de Gloria. Sobre la candidez de los encajes lavados, entre la nieve de las camelias, las túnicas de los santos, azules y rojas, con su lustre de seda, parecían nuevas, coloridas en el mismo cielo para aquella rara noche de fiesta. A veces temblaba el rayo de una aureola y despedía un fulgor, como si por la madera de las imágenes corriesen estremecimientos de

júbilo. Y en su cruz de palo negro, el Cristo, riquísimo, macizo, todo de oro, sudando oro, sangrando oro, relucía preciosamente.

—Todo respira gozo! Qué divina escena! murmuró el doctor Margaride, preocupado por su pasión por lo grandioso.

Con piadoso cuidado puse la caja sobre el almohadón de terciopelo; encorvado, murmuré sobre ella un *Ave María*; después tiré la toalla que la cubría, y con ella en el brazo, después de carraspear solemnemente, dije:

—Tití, señores..... No quise revelar antes cuál es la Reliquia que viene en esta caja porque así me lo ordenó el señor Patriarca de Jerusalem..... Ahora voy á decirlo..... Pero ante todo paréceme que viene á pelo explicar que todo en esta Reliquia, papel, cinta, caja, clavos, todo es santo!..... Así, por ejemplo, los clavos pertenecieron al arca de Noé..... Puede verlos, señor padre Negrón, puede palparlos, son los del Arca, que todavía se conservan herrumbrosos..... Y todo es de lo mejor, todo emana virtud. Además de eso quiero declarar delante de todos que esta Reliquia pertenece á tití, y que se la traigo para probarle que en Jerusalén sólo pensé en ella, y en lo que Nuestro Señor padeció, y en obtenerle y arreglarle esta recompensa.....

—Conmigo te verás siempre, hijo! tartamudeó la horrenda señora transportada.

Entonces le besé la mano, sellando así un pacto de que eran verídicos testigos la Magistratura y la Iglesia. Y volviendo á tomar el martillo:

—Y ahora, para que cada cual esté prevenido |y pueda hacer las oraciones que crea más adecuadas, debo decir cuál es la Reliquia.....

Tosí, cerré los ojos:

—Es la corona de espinos!

Dando un gemido tití se lanzó sobre la caja enlazándola entre sus brazos trémulos. Pero Margaride contraía el rostro austero pensativamente; Justino se hundía en las profundidades de su cuello; y el ladino Negrón abría mirándome su negra boca, con ira y admiración! Santos Cielos! Magistrados y Sacerdotes evidenciaban una incredulidad terrible para mi fortuna!

Yo temblaba, sudaba, cuando el Padre Piñeyro, muy serio, convencido, se adelantó, estrechó la mano de tití y la felicitó por la posición religiosa á que la elevaba la posesión de aquella Reli-

quia. Entonces, cediendo á la fuerte autoridad litúrgica del Padre Piñeyro, todos en fila, en muda congratulación, estrecharon los dedos de la babosa señora.

Estaba salvado! Rápidamente me arrodillé al lado de la caja, introduje el diente en la hendidja de la tapa y alzé el martillo en triunfo.....

—Theodorico, hijo, berrecó tití, horripilada, como si yo fuese á martillar la carne viva del Señor.

—No tema nada, tití! Aprendí en Jerusalén á manejar estas cosas de Dios!.....

Desclavada la fina tapa, se vió la blanca camada de algodón que levanté con tierna reverencia, y entonces surgió ante los ojos extáticos el sacratísimo envoltorio de papel pardo atado con su cinta roja.

—Ay! qué perfume! Ay! siento morirme! suspiró tití desmayada de gusto beato, surgiendo lo blanco de sus ojos por encima de sus espejuelos oscuros.

Me erguí, encendido de orgullo:

—Es á mi querida tití, solo á ella, á quien compete, por su mucha virtud, desenvolver el paquete!

Vuelta de su sopor, trémula y pálida, pero con la solemnidad de un pontífice, tití tomó el envoltorio, hizo una reverencia á los santos y la puso encima del altar; devotamente desató el nudo de la cinta roja; después con el tiento del que teme lastimar un cuerpo divino, fué deshaciendo uno por uno los dobleces del papel pardo..... Una blancura de lino surgió entonces..... Tití la aseguró con la punta de los dedos y la arrojó brusca-mente—y sobre el ara, por entre los santos, por encima de las camelias, á los piés de la cruz, se esparció, con sus lazos y sus encajes, la camisa de dormir de Mary!

La camisa de dormir de Mary! Con todo su lujo, en todo su esplendor, en la plenitud de su impudor, estrujada aun por mis abrazos, despidiendo cada pliegue olor á pecado! La camisa de dormir de Mary! Y clavado á ella con un alfiler, destacándose á la claridad de las velas, la tarjeta con la dedicatoria de letra encorvada: *A mi Theodorico, mi pujante portuguesito en memoria de lo mucho que gozamos!* Firmado M. M..... La camisa de dormir de Mary!

Apenas si recuerdo lo que ocurrió entonces en el florido Ora-

torio! Me hallé, sin saber cómo, en el dintel, envuelto en la verde cortina, temblándome las piernas, medio desmayado. Restallando, como teas arrojadas á una hoguera, oía las acusaciones de Negrón, fulminadas desde junto á la toca de tití: «Qué desvergüenza! Qué escarnio! Camisa de prostituta! Mancillar á la señora Patrocinio! Profanación del Oratorio!» Y ví su bota que arrollaba con furia por el corredor el trapo blanco. Uno á uno ví á los amigos desfilando, como largas sombras impulsadas por un soplo de terror. Las llamas de la velas flameaban como afligidas. Y bañado en sudor, entre los pliegues de la cortina, distinguí á tití que venía caminando hacia mí, lenta, lívida, irritada, terrible..... Se detuvo. Sus ojos, frios y feroces, me traspasaron. Y por entre los cerrados dientes me escupió estas palabras:

—Cochinote!

Y salió.

Rodé hacia el cuarto y me dejé caer en el lecho como un ebrio. Un rumor de escándalo zumbaba en el severo casarón. Y apareció Vicenta, irritada, con su blanco delantal en la mano:

—Niño! Niño! La señora manda que le diga que salga inmediatamente para el medio de la calle, que no quiere que esté un momento más en esta casa..... Y dice que puede llevarse su ropa blanca y todas sus porquerías!

Despedido!

Levanté el rostro marcado por el encaje de la almohada. Y Vicenta, turulata, retorciendo su delantal:

—Ay! niño, ay! niño, si no sale enseguida para la calle, dice la señora que mandará llamar un policía!

Echado!

Puse los piés sobre la estera; eché en un bolsillo una escobilla de dientes; tropezando con los muebles, dí con las chinelas que envolví en un número de *La Nación*. Sin gran reparo cogí de entre las maletas una caja con precintas de hierro: y en puntillas bajé la escalera de tití, encogido y rastrero, como un perro sarnoso vejado por su sarna.

Apenas salí del patio, Vicenta, cumpliendo órdenes sañudas de tití, me dió en las espaldas con el portón chapado de hierro, con desprecio y para siempre!

Estaba solo en la calle y en la vida! A la luz de los frios

astros conté el dinero sobre la palma de la mano. Tenía dos libras, dieciocho tostones, un duro español y algunas monedas de cobre..... Entonces descubrí que la caja revuelta entre las maletas, era la de las Reliquias menores. Complicado sarcasmo del destino! Para cubrir mi cuerpo desabrigado no tenía más que tablillas cepilladas por San José y fragmentos de larro del cántaro de la Virgen! Guardé en la bolsa el envoltorio de las chinelas, y sin volver los ojos foscos á casa de tití, seguí á pié, con la caja debajo del brazo, en la noche llena de silencio y de estrellas, hacia la Baja, para el *Hotel de la Paloma de Oro*.

Al otro día, descorazonado y misérrimo, revolvía en la mesa de la *Paloma* una sopa de granos y de nabo, cuando un caballero, con chalecho de terciopelo negro, vino á ocupar el sitio de enfrente, junto á una botella de agua de Vidago, una caja de píldoras y un número de *La Nación*. En su cabeza, enorme y arqueada como un frontis de capilla torcíanse dos venas muy gruesas: debajo de las anchas ventanas de la nariz, atestadas de rapé, el bigote era como un cepillo corto de pelos grises, tiesos como cerdas de escoba. El gallego, al servirle la sopa, murmuró reverente:

—Sea bienvenido el señor Lino!

En el cocido, el caballero, dejando á un lado *La Nación*, cuyos anuncios leyó uno á uno, fijó en mí sus ojos amarillentos de bilioso, y observó que desde el día de Reyes gozábamos de un tiempo magnífico.....

—De rosas, repuse.

El señor Lino extendió más la servilleta y añadió:

—Si no es curiosidad impertinente su señoría me dirá si viene de las provincias del Norte?

Me pasé la mano por los cabellos:

—No, señor..... Vengo de Jerusalén!

De puro y asombrado, el señor Lino dejó caer el bocado de arroz. Y, después de haber rumiado su emoción á sus anchas, confesó que le interesaban mucho todos esos lugares santos porque, gracias á Dios, tenía religión. Y tenía un empleo, gracias también á Dios, en la Cámara Patriarcal!.....

—Ah! en la Cámara Patriarcal! Sí, muy respetable, en verdad! Yo conocí mucho un Patriarca..... Conocí mucho al señor Patriarca de Jerusalem..... Caballero muy santo y muy dulce..... Llegamos á tratarnos de tú.....

El Sr. Lino me brindó de su agua de Vidago y charlamos de las tierras de las Escrituras.

—¿Qué tal Jerusalem como tiendas?

—¿Como tiendas? ¿Tiendas de modas?

—No, no, repuso el Sr. Lino. Quiero decir tiendas de santidad, de reliquias, de cosas divinas.....

—Sí..... Hay varias..... Hay la de Damiani en la vía dolorosa, que tiene de todo, hasta huesos de Mártires!..... Pero lo mejor es que cada cual escudriñe y escave..... Yo traigo por eso verdaderas maravillas!

Una llama de singular codicia avivó las amarillentas pupilas del Sr. Lino, empleado en la Cámara Patriarcal. Y de súbito, con decisión de inspirado:

—Andresillo, trae vino de Porto. Hoy es día de regalo!

Cuando el gallego puso la botella, con su fecha trazada en la mano de un viejo rótulo de papel oscuro, el Sr. Lino me ofreció una copa llena hasta el borde.

—A la suya!

—Con la ayuda del Señor! A la suya!

Por cortesía, después de comido el queso, convidé á aquel hombre, que gracias á Dios tenía religión, á que entrase en mi cuarto y admirase las fotografías de Jerusalem. El aceptó con alborozo, pero apenas traspuso el dintel, corrió sin moderación hacia mi lecho, donde yacían esparcidas algunas de las Reliquias que yo había sacado aquella mañana.

—¿El caballero la estima? le pregunté mostrándole una vista del monte de los Olivos, y pensando en ofrecerle un rosario.

El revolvía en silencio, entre sus manos gordas y de uñas roídas, un frasco de agua del Jordán. Lo olió, lo pesó, lo sobó con los nudillos. Después, muy serio, con las venas inyectadas en la ancha frente:

—¿Tiene certificado?

Le extendí la certificación del fraile franciscano que garantizaba como auténtica y sin mezcla el agua del rio bautismal. El, después de saborear el venerando papel, exclamó entusiasmado:

—Doy quince tostones por el frasco!

Aquello fué, en mi intelecto de Bachiller, como si una ventana se abriese y por ella se entrase el sol! Ví, inesperadamente,

á su intensa claridad, la naturaleza real de aquellas medallas, aguas, amuletos, lascas, piedras y pajas, que había considerado hasta entonces como limo eclesiástico barrido por la escoba de la Filosofía! Las Reliquias eran *valores*! Tenían la cualidad omnipotente de *valores*! Daba un tiesto de barro y recibía una moneda de oro!..... Iluminado empecé á sonreír, con las manos sobre la mesa, como sobre el mostrador de un almacén:

—Quince tostones por agua pura del Jordán! ¡En poca estima tiene su señoría á nuestro San Juan Bautista! ¡Quince tostones! Si eso es casi una impiedad! ¿Se imagina Vm. que el agua del Jordán es como el agua del Arsenal? Aquí mismo, esta mañana, al lado de esta cama, rechacé tres mil reis que me ofreció un padre de Santa Justa.....

Hizo saltar el frasco en la palma gorda, meditó, calculó:

—Doy cuatro mil reis.

—Vaya, se lo doy porque somos compañeros en la *Paloma*!

Y cuando el Sr. Lino salió de mi cuarto con el frasco del Jordán envuelto en *La Nación*, yo, Theodorico Raposo, hallábame fatalmente, providencialmente, establecido como vendedor de reliquias!

De ellas comí, por ellas fumé, y amé durante dos meses, quieto y aposentado en la *Paloma de Oro*. Casi siempre el señor Lino subía de mañana á mi cuarto, en chinelas, escogía un fragmento del cántaro de la Virgen ó una paja del Pesebre, los envolvía en un número de *La Nación*, soltaba el dinero y se salía tarareando el *De Profundis*. Evidentemente el digno hombre revendía mis preciosidades con grande utilidad, porque bien pronto, sobre su chaleco de terciopelo negro, brilló una cadena de oro.

Mientras tanto, yo, hábil y discreto, no intenté (ni por súplicas, ni por explicaciones, ni por patrocinadores) amansar las bestias iras de tití y recuperar su estimación. Me contentaba con ir á la iglesia de Santa Ana vestido de negro, con un devocionario. Nunca encontraba á tití, que oía misa en su oratorio, celebrada por el torpe Negrón. Sin embargo, me postraba, me daba muy contritos golpes de pecho, suspiraba vuelto al Sagrario, seguro que por Melchor, el Sacristán, llegarían nuevas de mi inalterable devoción á la hedionda señora.

Con maña, también eludía á los amigos de tití, que debían compartir prudentemente las pasiones de su alma para lograr los

favores de su testamento: así también evitaba angustiosos, embrazos á aquellos beneméritos de la Magistratura y de la Iglesia. Siempre que encontraba al Padre Piñeyro ó al doctor Margaride, cruzaba las manos y bajaba los ojos, poniendo en evidencia mi humildad y compunción. Este retraimiento era de fijo grato á los amigos de la casa, porque una noche, topando á Justino cerca de la casa de la Bexigosa, el digno hombre murmuró á mi oído, después de asegurarse de que nadie nos oía:

—Continúe así, amiguito!... Todo se ha de arreglar!... Ahora ella está todavía hecha una fiera..... Diabolo, ahí viene gente!

Y desapareció.

En tanto yo, por mediación del Lino, seguía vendiendo reliquias. Pronto, sin embargo, recordando los compendios de *Economía Política*, caí en la cuenta de que yo aumentaría mis productos si, eliminando al Lino, yo mismo, osadamente, me dirigía al río consumidor.

Escribí entonces á las hidalgas siervas del Señor de los Pasos de la Gracia, cartas con la lista de precios de las Reliquias. Propuse huesos de mártires á las iglesias de provincia. Pagué copas de aguardiente á los sacristanes para que recomendasen á las viejas achacosas: "Para cosas de Santidad no hay como el señor doctor Raposo, que acaba de llegar de Jerusalem." Favorecióme la suerte. Mi especialidad fué el agua del Jordán, en frascos de zinc, lacrados, que tenían por contraseña un corazón llameante, vendí esta agua para bautismos, para comidas, para baños; y durante corto tiempo hubo otro Jordán, más caudaloso y límpido que el de Palestina, corriendo por Lisboa, y que nacía en un cuarto de *La Paloma de Oro*. Imagnitativo, introduje novedades caras y poéticas: eché al comercio con provecho «el pedazo del cántaro conque Nuestra Señora iba á la fuente»... yo quien dí crédito en la piedad nacional, «una de las ~~banderas~~ banderas del borrico en que huyera la Santa Familia.» Ah... cuando el Lino venía en chinelas á llamar á la puerta de mi cuarto donde la paja del Pesebre alternaba con las tablas de San José, yo entreabría una persiana y le decía:

—Vuélvase..... Agotado! Sólo me queda para esta semana..... Estoy para recibir una caja de Tierra Santa.....

Las venas frontales del Lino se hinchaba en la indignación que lo dominaba de intermediario espoliado.

Todas mis reliquias eran acogidas con el mayor fervor, porque provenían del «Raposo, recién llegado de Jerusalem.» Los otros Reliquistas no tenían esta esplendida garantía de una jornada en Tierra Santa. Sólo yo, Raposo, había recorrido aquel vasto depósito de santidad. Sólo yo, sabía lanzar una hoja grasienta de papel que, para garantizar la autenticidad de la reliquia ostentaba la firma fioreada del Sr. Patriarca de Jerusalem.

No tardó en reconocer que esta profusión de Reliquias había saturado de devoción á mi país. Atestado, atiborrado de Reliquias, este católico Portugal ya no tenía capacidad siquiera para recibir uno de esos ramitos secos de flores de Nazareth, que yo vendía en cinco tostones!

Inquieto, lleno de melancolía, bajé los precios. Prodigué en el *Diario de Noticias*, anuncios tentadores: *Preciosidades de la Tierra Santa, á precios módicos, en la tabaquería de Rego.* Muchas mañanas, con una levita de eclesiástico y un *cache-nez* de seda que ocultaba mis barbas, asalté á las viejas beatas en las puertas de las iglesias: ofrecía pedazos de la túnica de la Virgen María, cuerdas de las sandalias de San Pedro, y murmuraba ansioso, andando entre manteletas y tocas: «Baratos, señora, muy baratos..... Excelentes para catarros!».....

Ya debía una fuerte suma en la *Paloma de Oro*, bajaba las escaleras á hurtadillas, para no encontrarme con el patrón; llamaba con fingida ternura al gallego: «mi Andresillo».....

Cifraba toda mi esperanza en una renovación de la Fe! A la menor noticia de fiesta de iglesia me regocijaba esperando una reacción devota en el pueblo. Odiaba ferozmente á los republicanos y á los filósofos que demuelen el Catolicismo y, por consecuencia, disminuyen el valor de las reliquias que él instituyera. Escribí artículos para *La Nación* en que gritaba: «¿Cómo quereis que prospere este país si no teneis apego á los huesos de los mártires?» En el café de la Montaña, dando puñetazos en las mesas: «La Religión es necesaria, caramba! Sin religión, ni el asado tiene sabor!» En casa de la Bexigosa amenazaba á las muchachas, si no usaban reliquias y escapularios, no volver á la casa y hacerme parroquiano de la casa de la Adelaida!..... Mi inquietud por el «pan de cada día» llegó á ser tal que de nuevo solicité la intervención del Lino, hombre de vastas relaciones eclesiásticas y pariente de capellanes de conventos. Otra vez le mostré

mi lecho cubierto de reliquias. Otra vez le dije, restregándome las manos: «Volvamos á hacer negocio, amigo. Aquí tengo un surtido fresco, acabadito de llegar de Sión!»

Pero sólo pude cosechar amargas recriminaciones del digno empleado de la Cámara Patriarcal:

—Esa no pega, señor! gritó, con las venas hinchadas en la frente enrojecida. Fué Vm. quien estragó el comercio! El mercado está abarrotado, ya no es posible vender ni un escapulario del niño Jesús, una reliquia que antes se vendía también! El negocio de Vm. de las herraduras es perfectamente indecente. Si, completamente indecente! Es lo que me decía el otro día un capellán, primo mio: «Son demasiadas herraduras para un país tan pequeño!» Catorce herraduras, señor! Eso es abusar! ¿Sabe Vm. cuantos clavos, de los mismos con que clavaron á Cristo en la cruz, ha vendido Vm., todos con documentos? Setenta y cinco, señor! No le digo más nada..... Setenta y cinco!

Y salió, tirando la puerta con furia y dejándome anonado.

Afortunadamente aquella misma noche, encontré al *Rinchao* en casa de la Bexigosa y me hizo un encargo considerable de reliquias. El *Rinchao* iba á desposarse con una señorita Nogueira, rica beata de Beja y rica propietaria de puercos: él quería ofrecer un presente cariñoso á la calambuca de la vieja, compuesto de cosas de catecismo y del Santo Sepulcro.» Arreglé un lindo cofre de reliquias (aquí puse el septuagésimo sexto clavo) adornadas con mis indispensables flores secas de Galilea. Con la pecunia que me dió el *Rinchao* pagué mi estada en la *Paloma de Oro*, y, prudentemente, alquilé un cuarto en la casa de huéspedes del Pitta, en la travesía de la Paja.

Así iba decayendo mi prosperidad. Mi cuarto estaba ahora en lo alto, en un quinto piso, con un catre de hierro y una vetusta poltrona cuyo asiento de fétida estopa salía por entre los desgarrones de la lustrina. Por único ornato pendía sobre la cómoda, en una especie de urna rodeada de borlas, una litografía colorida de Cristo crucificado; negras nubes de tempestad rodaban á sus piés; y sus ojos, claros y entornados, seguían y miraban todos mis actos, aun los más íntimos, incluso el muy delicado de sacarme los callos.

Una semana después de hallarme así alojado, y de andar por

Lisboa en busca del pan incierto, con botas que iban perdiendo las suelas, hallé cierta mañana á Andrés, el de la *Paloma de Oro*, que me traía una carta de «allá fuera», dejada la víspera en el hotel, y con este rótulo: «urgente.» El papel tenía orla negra: el sello era de lacre negro. Abrí, temblando, y ví la firma de Justino.

«Mi querido amigo. Es mi penoso deber, que cumplo derramando lágrimas, participarle que su respetable tía y señora mía ha fallecido inesperadamente».....

Caramba! Había reventado la vieja!

Ansiosamente, saltando líneas iba leyendo pormenores como estos: «congestión de los pulmones».... «Sacramentos recibidos».... «Todos lloran»..... «Nuestro Negrón!»..... Y palideciendo, con un sudor que me helaba, columbré, al fin de la esquela, la tremenda noticia:—«del testamento de la virtuosa señora consta que deja á su sobrino Theodorico los espejuelos que se hallan colgados en el comedor».....

Desheredado!

Cogí el sombrero, corrí, tropezando á diestro y siniestro, hasta la Notaría de Justino, en San Pablo. Lo hallé con corbata negra y la pluma detrás de la oreja, pegando tiras de becerro sobre un viejo *Diario de Noticias*.

—¿Conque los espejuelos? balbucié, borrosamente apoyándome en el ángulo de un estante.

—Es verdad! Los espejuelos! murmuró él.

Casi desmayado caí sobre el canapé de cuero. Me hizo tomar una copa de vino de Brusellas, y pasando la trémula mano por sobre mi rostro lívido:

—Cuéntemelo todo, Justino, entéreme de todo.....

Justino suspiró. La santa-señora, cuitada, le había dejado dos inscripciones de contos. Del resto dispuso en su testamento de las riquezas de G. Godinho del modo más incoherente y perverso. El predio del campo de Santa Ana y cuarenta contos de inscripciones para el Señor de los Pasos de la Gracia. Las acciones de la Compañía del Gas, las mejores platas y la casa de la Linda Pastora, para el Padre Casimiro, que estaba ya casi moribundo. Al Padre Piñeyro un predio en la calle del Arsenal. La deliciosa quinta del *Mosteiro*, con su pintoresco pórtico de entrada donde todavía se veían las armas de los condes de Landoso,

las inscripciones del Crédito Público, el mobiliario de Santa Ana, el Cristo de Oro, para el padre Negrón. Tres contos de reis y el reloj para el doctor Margaride. Vicente obtuvo toda la ropa blanca. Yo —los espejuelos!

—Para ver el desastre desde lejos! exclamó Justino filosóficamente, haciéndose crujir las coyunturas.

Volví á la travesía de la Paja. Y durante algunas horas, en chinelas, echando llamas por los ojos, revolví el deseo desesperado de ultrajar el cadáver de tití, escupiéndole el lívido mascarón, revolviéndole con un sirio la podredumbre de su vientre. Invoqué contra ella todas las cóleras de la Naturaleza. Pedí á los árboles que negasen sombra á su sepultura! Pedí á los vientos que vertiesen sobre ella todas las inmundicias de la tierra! Invoqué al demonio: «Te doy mi alma si torturas perennemente á la vieja!» Grité alzando los brazos hacia las alturas: «Dios, si eres Señor de un Cielo, no la admitas en él!» Proyecté destrozar á pedazos el monumento que le elevasen Y resolví enviar comunicados á los periódicos refiriendo que ella se prostituía á un gallego, todas las tardes, en un sótano, con espejuelos negros y en enaguas!

EÇA DE QUEIROZ.

(Finalizará.)



MISCELANEA

OBRAS DE MONTORO

En estos días ha comenzado á circular en la Habana el voluminoso tomo que contiene las obras selectas del Sr. Montoro, precedidas de un prólogo de Ricardo del Monte. Los discursos, disertaciones, memorias y ensayos del insigne orador forman un capítulo interesante de la historia del pensamiento cubano, y merecen la más seria atención de la crítica. Estas líneas no son más que el anuncio de un suceso, tan grato para los que aman las glorias de Cuba.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

SALVADOR RUEDA.—*El Ritmo*. Madrid, 1894.

BRUNO V. MIRANDA.—*Granos de Arena*. Habana, 1894.

MARIA LUISA DOLZ.—*Discurso*. Habana, 1894.

Memoria del Presidio de la Habana, correspondiente á los años 1892 y 1893.—Habana, 1894.